

*La loca de Londres*

6320

**GALERIA DRAMATICA.**

**COLECCION**  
**DE LAS MEJORES OBRAS**  
**DEL TEATRO**  
**ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL**  
**Y DEL ESTRANJERO,**  
**POR**  
**LOS PRINCIPALES AUTORES.**



**Madrid:**  
**LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.**

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?  
 Un tercero en discordia  
 Un novio para la niña.  
 Otro diablo predicador.  
 Me voy de Madrid.  
 La redaccion de un periódico.  
 Las improvisaciones.  
 Una de tantas.  
 Muérete y verás.  
 El amigo mártir.  
 Todo es farsa en este mundo.  
 D. Fernando el emplazado.  
 Medidas extraordinarias.  
 El poeta y la beneficiada.  
 Ella es él.  
 El pró y el contra.  
 El hombre gordo.  
 Flaquezas ministeriales.  
 El hombre pacífico.  
 El qué dirán.  
 Un día de campo.  
 El novio y el concierto.  
 No ganamos para sustos.  
 Bellido Dolfos.  
 ¡Una vieja!  
 El pelo de la dehesa.  
 Lances de carnaval.  
 Pruebas de amor conyugal.  
 El cuarto de hora.  
 La ponchada.  
 El plan de un drama.  
 Dios los cria y ellos se juntan.  
 Cuentas atrasadas.  
 Mi secretario y yo.  
 ¡Qué hombre tan amable!  
 Los hijos de Eduardo.  
 Engañar con la verdad.  
 Los primeros amores.  
 A la zorra candilazo.  
 El amante prestado.  
 Un pasco á Beñan.  
 Mi tío el jorobado.  
 La familia del boticario.  
 El segundo año.  
 La loca fingida.  
 No mas muchachos.  
 Mi empleo y mi muger.  
 La primera leccion de amor.  
 Lo vivo y lo pintado.  
 La pluma prodigiosa.  
 La Batelera de Pasages.  
 La mansion del crimen.  
 La escuela de las casadas.  
 El Editor responsable.  
 ¡Estaba de Dios!  
 Blanca de Borbon.  
 Carlos II el hechizado.  
 Rosmunda.  
 D. Alvaro de Luna.  
 El entremetido.  
 Un novio á pedir de boca.  
 Un frances en Cartagena.  
 Por no decir la verdad.

Rodrigo.  
 Carlos V en Ajofrin.  
 Cuidado con las novias.  
 Un monarca y su privado.  
 El dia mas feliz de la vida.  
 El vigilante.  
 La casuela de los viejos.  
 El vaso de agua.  
 Un casamiento sin amor.  
 Matilde.  
 D. Trifon.  
 Masaniello.  
 Atrás!  
 Guzman el bueno.  
 El amigo en candelero.  
 El Trovador.  
 El page.  
 El rey monje.  
 Magdalena.  
 El bastardo.  
 Samuel.  
 Dandolo.  
 El encubierto de Valencia.  
 Batilde ó América libre.  
 Margarita de Borgoña.  
 La pandilla.  
 D. Juan de Marana.  
 Calígula.  
 Zaida.  
 Juan de Suavia.  
 El caballero leal.  
 El premio del vencedor.  
 Gabriel.  
 Las bodas de Doña Sancha.  
 Los amantes de Teruel.  
 Doña Mencia.  
 La redoma encantada.  
 La visicuaría.  
 Los polvos de la madre Celestina.  
 El amo criado.  
 Ernesto.  
 El barbero de Sevilla.  
 Alfonso el Casto.  
 Primero yo.  
 El abuelito.  
 El Bachiller Mendárias.  
 Macias.  
 No mas mostrador.  
 Roberto Dillon.  
 Felipe.  
 Un desafio.  
 Arte de conspirar.  
 Partir á tiempo.  
 Tu amor ó la muerte.  
 D. Juan de Austria.  
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.  
 Tanto vales cuanto tienes.  
 Solaces de un prisionero.  
 La morisca de Alajuár.  
 El arroz de la lealtad.  
 Finezas contra desvios.  
 Guillermo Tell.  
 El gran capitan.

El desengaño en un sueño.  
 Mas vale llegar á tiempo.  
 Ganar perdiendo.  
 Cada cual con su razon.  
 Lealtad de una muger.  
 El zapatero y el rey 1.<sup>a</sup> parte  
 Apoteosis de Calderon.  
 El zapatero y el rey, 2.<sup>a</sup> parte  
 El eco del torrente.  
 Los dos vireyes.  
 La corte del Buen-Retiro.  
 Bárbara Blomberg.  
 D. Jaime el conquistador.  
 Higuamota.  
 La aurora de Colon.  
 El conde D. Julian.  
 Cerdan, justicia de Aragon.  
 Contigo pan y cebolla.  
 Tal para cual.  
 Las costumbres de antaño.  
 El jugador.  
 Bel mal el menos.  
 Toros y cañas.  
 Quien mas pone pierde mas.  
 Rivera.  
 El rigor de las desdichas.  
 Las simpatías.  
 El diablo cojuelo.  
 Las ventas de Cárdenas.  
 Dos validos.  
 La tumba salvada.  
 El Tasso.  
 Acertar errando.  
 Hacerse amar con peluca.  
 Shakespeare enamorado.  
 Máscara reconciliadora.  
 El testamento.  
 El gastrónomo sin dinero.  
 Miguel y Cristina.  
 La vuelta de Estanislao.  
 Las capas.  
 Un ministro!!!  
 Quiero ser cómico.  
 El ambicioso.  
 Marino Faliero.  
 El marido de mi muger.  
 Jacobo II.  
 El rey se divierte.  
 La muger de un artista.  
 La segunda dama duende.  
 Un alma de artista.  
 Una ausencia.  
 Mateo.  
 Amor de madre.  
 El honor español.  
 La sociedad de los trece.  
 Los perros del monte de s  
 Bernardo.  
 El héroe por fuerza.  
 Bruno el tejedor.  
 De un apuro otro mayor.  
 Empeños de una venganza  
 ¡ Es un bandido!

# LA LOCA DE LONDRES.

DRAMA EN CINCO ACTOS. Y EN PROSA,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON ISIDORO GIL

Y

DON ANTONIO MARÍA DE OJEDA.



MÁDRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

*Diciembre de 1843.*

PERSONAS.

ACTORES.

CLARA SIDNEY, <i>viuda</i> . . . . .	<i>Doña Matilde Díez.</i>
RICARDO, <i>su hijo</i> . . . . .	<i>Don Julian Romea.</i>
CARLOS WILSON. . . . .	<i>Don Florencio Romea.</i>
ANA BUTLER. . . . .	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
EL DUQUE DE MONMOUTH. . . . .	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
EL DUQUE DE SUTHERLAND. . . . .	<i>Don Elias Noren.</i>
UN MINISTRO DE JACOBO II. . . . .	<i>Don José Garcia.</i>
MAC-DONNELL, <i>agente secreto del rey</i> . . . . .	} <i>Don José P. Pló.</i>
MULGRAVE, <i>gobernador de la torre</i> . . . . .	
CALEB. . . . .	<i>Don Lázaro Perez.</i>
UN UJER. . . . .	<i>Don N. Fernandez.</i>

---

La escena es en Londres en el reinado de Jacobo II.

---



*Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*



---

---

# Acto primero.

---

*El teatro representa una parte de muelle, en el que desembocan varias calles. En el fondo el Támesis cubierto de embarcaciones, y al otro lado del río una gran parte de la ciudad iluminada por la luna. A la derecha la torre de Londres. Al levantarse el telón aparecen varios agentes de policía, uno de los cuales fija un cartel en una de las esquinas.*

## ESCENA PRIMERA.

RICARDO. MAC-DONNELL, agente de policía.

*Mac. (Viendo á Ricardo acercarse precipitadamente.)*

¿Quién va? ¿Eh? ¿Quién eres?

*Ric. ¿Qué os importa á vos?*

*Mac. ¿Cómo qué me importa? Ahora lo verás. (A los agentes.) Acercaos. (Rodean á Ricardo y lo conducen junto á uno de los faroles que deberá haber en las esquinas. Mac-Donnell examinándole.) ¡Oh! ¡Oh! tu cara no dice nada bueno. ¿Serás algun ladrón?*

*Ric. ¿Qué decís? ¿Porque mi traje es pobre, os creéis con el derecho de insultarme? Dejadme seguir mi camino.*

*Mac. Dinos antes quién eres y adónde vas en hora tan avanzada de la noche.*

*Ric. Soy un poeta, y voy á arrojarme al fondo del Támesis.*

*Mac. ¿Tan desesperado estás?*

*Ric. Sí, dejadme. ¿No soy yo dueño de hacer lo que quiera de mi persona?*

:

*Mac.* Mucho hay que hablar sobre eso, pero escucha. Si es la miseria la que te ha sugerido tan fatal pensamiento, te voy á ofrecer un medio de evitarla.

*Ric.* ¿Cuál?

*Mac.* (*Enseñándole el cartel que acaban de fijar.* Lee este edicto.

*Ric.* (*Leyendo á la luz de una linterna que acerca uno de los agentes.*) "Tres mil libras esterlinas de recompensa á aquel que denuncie al autor del libelo infamatorio titulado Jacobo II ante su siglo." ¡Tres mil libras esterlinas!

*Mac.* Sí, el rey tiene mucho empeño en ello. Así, pues, si en lugar de echarte de cabeza en el río, pudieras indagar quién es el autor del libelo...

*Ric.* Os doy las gracias, caballero; no soy delator.

*Mac.* Vámonos, muchachos; dejemos á este pobre diablo, y prosigamos nuestra ronda.

## ESCENA II.

RICARDO.

¡Hé aquí lo que es la Inglaterra despues de cuarenta años de revoluciones! ¡Un país donde se ofrecen tres mil guineas por premio de una felonía! Mientras que yo, hombre honrado y laborioso, hace tres años que lucho con la miseria, y seis semanas que no puedo ganar un schelin... (*Arranca el edicto y lo rasga.*) ¡Infame cartel! ¡Mañana promoverás mil tentaciones en esta populosa ciudad, pero mañana habré yo dejado de existir. (*Suena un reloj.*) Las cuatro... pronto será de día. Resolucion, resolucion; no mas vacilar... ¡Oh madre mia! pueda yo volverte á ver en otro mundo mas feliz. (*Sube al malecon y se arroja al rio.*)

## ESCENA III.

CARLOS. *Luego* MAC-DONNELL *y los agentes; despues*

RICARDO.

*Car.* ¿Qué ruido es este? Parece el de un cuerpo en el agua. (*Asomándose al malecon.*) Sí, sí; se está ahogan-

do un hombre; ¡socorro, socorro! (*Baja corriendo la escalera que conduce al Támesis. Entran Mac-Donnell y sus agentes.*)

*Mac.* ¿Qué gritos son estos? ¿Qué hay aquí? Algun miserable que está sorbiendo mas agua de la que puede, y algun buen alma que, por salvarlo, se espone á que le suceda lo mismo. Ya, ya, no hay como meterse á pescador de hombres, cuando la corriente va tan crecida. (*Asomándose al rio.*) Pero calla, aqui lo trae, aqui lo trae. (*Carlos aparece trayendo en sus brazos á Ricardo envuelto en la capa que llevaba.*)

*Car.* Todavía respira; gracias á Dios he llegado á tiempo. Ayudadme, amigos, y le llevaremos á aquel asiento... (*Los agentes le obedecen y ponen á Ricardo sobre un asiento.—Empieza á amanecer.*)

*Mac.* A ver, apartaos; le haremos respirar este elixir que llevo siempre conmigo... (*Acercándose.*) ¡Qué demonio! Es el mismo.

*Car.* ¿Conoceis á este desgraciado?

*Mac.* Hace un momento que lo encontramos en esta plaza, y nos dijo que pensaba arrojar al Támesis; no hay duda que ha cumplido su palabra.

*Car.* ¿Y si lo sabiais, cómo lo permitisteis?

*Mac.* Amigo mio, el pueblo inglés tiene sus privilegios. El de arrojar al Támesis es uno de los mas antiguos y respetables.

*Car.* ¿Y no os dijo la causa de su desesperacion?

*Mac.* No, pero es de suponer que fuese la miseria. Regístradle, regístradle á ver si se le halla algun papel que nos explique... (*Lo registra uno de los agentes y le saca dos papeles que entrega á Mac-Donnell.*) Veamos: ¿qué es esto? ¡Renglones muy cortos y desiguales...! Parecen versos...

*Car.* ¡Versos! Dadme acá... (*Leyendo.*)

“¡Oh! tú que el pecho mio...

Con dura flecha de dolor heristes...

*Mac.* No los leais; veamos el otro.

*Car.* Parece el borrador de una carta... Sí, no hay duda: ¿podreis entenderla?

*Mac.* Sí, perfectamente. (*Leyendo.*) “Señor director: cuando os pedi ayer un asilo en el hospital para mi pobre madre... enferma y demente, me respondisteis que no la

admitiais porque tenia un hijo jóven y robusto que la podia mantener con su trabajo. Os respondí que este hijo hacia seis semanas que no habia podido ganar un schelin en ninguna parte, y me replicasteis que lo sentiais mucho, pero que vuestras funciones eran las de director de un hospital, no las de director de los trabajos públicos. Entonces me volví á mi casa y dije para mí:” ¡ah! mi existencia es un obstáculo para la felicidad de mi madre...”

*Car.* No acabeis, ya lo comprendo todo: ese desgraciado ha querido suicidarse para proporcionar á su madre un asilo en el hospital...

*Mac.* En efecto, asi lo dice al final de la carta.

*Car.* ¡Dios mio! ¡Qué infelicidad...! Cabellero, yo me llamo Carlos Wilson, y soy un asociado de Mr. Butler, el dueño de esa fábrica. (*Señalando uno de los edificios de la izquierda.*) Permitidme cuidar de ese infeliz.

*Mac.* Es muy justo: lo habeis encontrado en medio de una calle pública, y os pertenece de derecho... Vamos. (*Vuelve á entrar en la torre con los agentes.*)

#### ESCENA IV.

*RIGARDO y CARLOS, sentados en el banco.*

*Ric.* ¿Sois vos quien me ha salvado la vida?

*Car.* Sí, yo soy.

*Ric.* Me habeis hecho un triste favor.

*Car.* Yo sin embargo me felicito de haber salvado la vida á un hombre de bien.

*Ric.* ¿Quién os ha dicho que yo soy un hombre de bien? ¿La accion que yo he querido cometer no está reputada por un delito? ¿No lo es acaso? Dios me juzgará, y yo le ruego que os recompense la buena accion que habeis querido hacer, pero... quedaos con Dios.

*Car.* No os ireis, no: yo vivo en esta casa, y podeis pasar la noche en ella: esperad un momento...

*Ric.* Es inútil, amigo: no necesito de hospitalidad.

*Car.* Pero vuestra madre...

*Ric.* ¡Cielos! ¿qué decís? (*Carlos le da los papeles que le encontraron.*)

*Car.* Tomad, no me acuseis de indiscrecion; los agentes de policia han sido los que los han leido.



*Ric.* Bien está.

*Car.* Ya sabéis, pues, que sé cuál es vuestra situación, y que podeis hablarme con toda confianza.

*Ric.* ¿Y qué quereis que os diga? Este borrador de una carta y estos miserables versos os lo han revelado ya todo.

*Car.* ¡Ah! ¿Qué merecian los que os han puesto en semejante estremidad?

*Ric.* ¡Qué quereis! no han hecho mas que su deber; una viuda que tiene un hijo no puede llegarse á las puertas de un hospital á pedir el sustento; verdad es que yo deberia mantener á mi madre; pero ¿es culpa mia el no hallar ninguna ocupacion, ningun empleo? Lanzado de todas partes, escarnecido de todo el mundo, no me queda mas recurso ni mas porvenir que el suicidio: sí, sí, horrible es decirlo; pero me volverá á tentar el demonio de la desesperacion y sucumbiré de nuevo. No merezco yo la compasion que os inspiro: la mayor locura despues de la mia es interesarse por mí.

*Car.* Y si os ofreciesen una ocupacion honrosa, por ejemplo, la de llevar la correspondencia en un escritorio, ¿la aceptaríais?

*Ric.* ¡Ah! ¿y dónde encontrar...?

*Car.* (*Levantándose.*) Aquí.

*Ric.* (*Levantándose tambien.*) ¿Cómo! ¿Seríais vos? (*Dándole la mano.*) ¡Ah! aun existen corazones generosos sobre la tierra.

*Car.* ¿Lo dudabais?

*Ric.* ¡Soy tan desgraciado!

*Car.* Mr. Butler os reconciliará con los hombres; yo tambien fui desgraciado, huérfano y abandonado... pero esto no es del caso; venid, nuestra amistad os hará apreciar la vida.

*Ric.* Sea como querais.

*Car.* Oigo ruido en casa; es probable que se hayan levantado. Entremos. (*Llama.*)

*Caleb.* (*Dentro.*) Ya van, ya van.

*Car.* Quitaos esa capa; os conduciré á mi cuarto, y allí os mudareis de ropa... no, no hay que replicar; os presentaré despues á mi bienhechor, y podreis ir en seguida á saber de vuestra madre. ¡Cuánto deseareis volverla á ver!

*Ric.* Sí, sí, haré lo que queráis. Pero ¿quién sois, que así subyugáis mi voluntad?

*Car.* Soy vuestro amigo.

ESCENA V.

RICARDO. CARLOS. CALEB.

*Caleb.* ¡Ah! Sois vos, señor Carlos; os esperaba con la mayor impaciencia. Y bien, ¿qué noticias nos traéis? ¿Habeis visto á Mr. Sydenham?

*Car.* Sí, lo he visto.

*Caleb.* ¿A la hora que era? ¿Y cómo habeis podido?

*Car.* Con la mayor facilidad; tenia baile en su casa.

*Caleb.* ¿Con que segun eso, las voces que corrian...?

*Car.* Eran enteramente falsas; una calumnia, amigo mio. Desde que oí la orquesta, empecé á tranquilizarme; pero sin embargo atropellé por entre algunos criados que querian impedirme la entrada, y me presenté osadamente á Mr. Sydenham: "caballero, le dije, corren voces de que estais próximo á una bancarrota. Tenemos dos mil ochocientas libras en vuestra casa, que aunque son bien poco para un hombre de vuestro crédito, lo son todo para unos fabricantes como nosotros." ¿Qué estais diciendo de quiebra? me respondió. Ya lo veis; ¿tengo yo visos de hombre arruinado? Si necesitais vuestros fondos os los devolveré mañana, á la hora que queráis. Conocí que habia cometido una imprudencia y no pude menos de pedirle mil perdones, retirándome algo confuso, aunque ya tranquilo sobre nuestra suerte.

*Caleb.* Sea en buen hora; pero si quereis creermè, aprovechémonos de su oferta y enviemos por nuestro dinero á primera hora. Pasado mañana es primero de mes, y ya sabeis lo que son nuestros trabajadores. ¿Si no se les pague en el mismo dia...!

*Car.* Así lo haremos, no tengas cuidado. Pero, dime, Ana y su padre no han sospechado nada, ¿es verdad?

*Caleb.* No señor, nada, gracias á Dios. (*A Ricardo.*) Pero dejemos eso y hablemos de otra cosa. ¿Quién es este jóven?

*Car.* Es el dependiente que necesitábamos.

*Caleb.* Me alegro. (*A Ricardo.*) Y decidme, ¿salís de alguna fábrica, de alguna casa de comercio?

*Car.* De ninguna.

*Caleb.* Huy, huy... ¿aprendizaje tenemos? ¿cómo ha de ser! alguna vez se ha de empezar.

*Car.* Caleb, dispensa que te dejemos; no he cerrado los ojos en toda la noche y necesito descansar. Vamos, amigo, venid conmigo. (*Carlos y Ricardo entran en la casa.*)

## ESCENA VI.

CALEB, solo.

¿Qué bueno es el señor Carlos! Todos le quieren en casa, y yo particularmente... (*Tropieza con los pedazos del edicto que rasgó Ricardo.*) ¿Qué es esto? ¿alguna cuenta? ¿alguna factura tal vez? ¡Ah! no, si la vista no me engaña, son pedazos de algun edicto que habrán puesto en esa esquina. Veamos, pues... "Tres mil libras esterlinas de recompensa á aquel que denuncie al autor del libelo infamatorio titulado Jacobo II antesu siglo." ¡Tres mil libras por una delacion...! Lo oí decir ayer y no quise creerlo: ¡ah! el que ha roto este papel es un buen inglés, un hombre de bien. Pero, señor, ¿qué diria el tal libelo? ¿qué diria, que tanto ruido está metiendo? (*Aparece un personaje vestido con sencillez y se acerca poco á poco á Caleb.*)

## ESCENA VII.

CALEB. EL DESCONOCIDO.

*El desconocido.* Decia que el rey Jacobo II fue el autor del incendio que en 1682 devoró la mitad de Londres: que habia querido vender la Inglaterra al Papa; y que su hermano el príncipe Carlos, heredero del trono, habia muerto envenenado por él. Todo esto decia.

*Caleb.* En verdad, caballero, que no comprendo... el sentido de vuestras palabras. ¿Quién sois?

*El desconocido.* Y las acusaciones contenidas en ese folleto se han reproducido en la proclama que el duque de Monmouth hizo esparcir por toda la Inglaterra antes de la batalla de Sedge-Moor. La suerte de las armas se ha declarado contra el duque; pero el rey ha quedado de-

sautorizado ante la opinion , y por esta razon es por lo que se obstina tanto en vengarse.

*Caleb.* ¿Y el rey hace caso de tan groseras calumnias? porque calumnias deben ser esas. Pero, decidme, ¿qué objeto os llevais en venir á mezclaros...

*El desconocido.* Ninguno. Pasaba por aqui, os oí, y quise satisfacer vuestra curiosidad.

*Caleb.* Os lo agradezco mucho. ¿Con que el autor del libelo es un partidario del duque de Monmouth?

*El desconocido.* Todas las apariencias son de eso.

*Caleb.* ¿Desgraciado príncipe! ¿Sus amigos son los que le han perdido!

*El desconocido.* ¿Os compadeceis de él? ¿le conoceis? ¿habeis servido á sus órdenes?

*Caleb.* No, pero mi hijo, mi hijo único... ¡pobre hijo mio! Le mataron en un encuentro los montañeses de Escocia, y el duque de Monmouth, que le habia cobrado mucho cariño, mandó dar sepultura á su cuerpo. No, no lo olvidaré jamás.

*El desconocido.* Era un príncipe generoso y afable, amado del pueblo, adorado de los soldados.

*Caleb.* ¿Que lo era, decís? ¿y ya no lo es? ¿Será posible que le hayan dado muerte en la prision?

*El desconocido.* No, pero ha sido condenado por un bill del parlamento á la pena de muerte, y el consejo de ministros debe reunirse hoy para tratar de la ejecucion de la sentencia.

*Caleb.* Pero aunque los ministros la aprueben, el rey no permitirá que el hijo de su hermano suba al cadalso.

*El desconocido.* El rey dejará subir al cadalso al hijo de su hermano.

*Caleb.* Y sus parciales, y sus amigos, tantos y tan poderosos como son, ¿no harán nada por salvarle?

*El desconocido.* De eso se trata; ¿quereis ayudarles en su empresa?

*Caleb.* ¿Yo? ¿para qué puedo yo servir?

*El desconocido.* ¿Veis esa prision? pues en ella está el príncipe.

*Caleb.* ¿Y bien...?

*El desconocido.* Desde alli viene un subterráneo que comunica con los sótanos de esta casa. Está cegado desde una de nuestras guerras civiles; pero se le puede hacer



practicable en un par de horas. Se os presentarán esta noche dos hombres, mediante la seña que convengamos, y solo se os pide que los introduzcáis y que cerréis los ojos: decid lo que quereis por este servicio.

*Caleb.* ¡Caballero, no soy yo, es el dueño de la casa quien puede admitir ó rechazar vuestra proposicion! ¿quereis venir á verle conmigo?

*El desconocido.* Es inútil.

*Caleb.* ¿Habeis dado ya ese paso, y tal vez se ha negado?

*El desconocido.* Nada os importa á vos: ¿lo que se os pide que hagais es acaso un crimen?

*Caleb.* Sí lo es, porque podria traer sobre mi amo un castigo terrible; y por mucho interes que me inspire el duque, no debo comprometer á nadie mas que á mí mismo por favorecerle.

*El desconocido.* ¿Es esa vuestra última resolución? ¿no hareis nada por el príncipe que dió sepultura á vuestro hijo?

*Caleb.* Es mi última resolución en tratándose del medio que me proponeis; si hubiese otro...

*El desconocido.* Pues olvidad que me habeis visto. (*Se aleja misteriosamente despues de haber mirado á Caleb, quien lo mira igualmente, entrándose despues en la casa.*)

#### ESCENA VIII.

*RICARDO, apareciendo en un balcon de la casa.*

¡Me parece que estoy soñando...! ¡haber encontrado una colocacion, un amigo, y un asilo para mi madre...! ¡Dios mio! ¡qué culpable era yo en desconfiar de vuestra clemencia! ¡ah! ¡si no se verificase ese fatal matrimonio...! de hoy en adelante voy á vivir todo para mi trabajo. ¡Tal vez algun dia...! (*Se oculta por un momento.*)

#### ESCENA IX.

*RICARDO, en el balcon. ANA y CARLOS, que salen de la casa.*

*Car.* Muy temprano salís, Ana.

*Ana.* He ido á dar los buenos dias á mi padre, y me ha mandado salir á socorrer á algunos desgraciados.

*Car.* ¡Quisiera yo deciros tantas cosas!

*Ana.* Cuando vuelva.

*Car.* Entonces no podrá ser.

*Ana.* Vamos, ¿qué teneis que decirme?

*Ric.* (*Asomándose.*) ¿Qué veo?

*Car.* Ya sabeis, Ana, que debemos casarnos dentro de ocho dias.

*Ana.* Sí, ya lo sé.

*Ric.* ¿Qué oigo! ¡ah! la fatalidad, la fatalidad pesa sobre mí. (*Se oculta.*)

*Car.* Es tan grande mi dicha, y me considero tan feliz, que apenas me atrevo á creerlo; pero mi alegría no es completa. Desde el dia en que se fijó el plazo de nuestro matrimonio, os veo siempre triste, distraida... ¿os pesará tal vez de ser mi esposa? ¿Me amais, Ana? decídmelo; seríais la mas desgraciada de las mugeres, y me haríais á mí tambien muy desgraciado.

*Ana.* En verdad que no sé qué responderos á eso. No hace mas que tres dias que salí del colegio, y hasta ahora nunca habia oido el lenguaje de amor. Sin embargo, yo sé cuáles son los deberes de una esposa, y los cumpliré con gusto. Esto es lo que puedo deciros.

*Car.* Teneis razon, Ana, sois aun muy cándida, y yo muy importuno en hablaros asi. Vuestro afecto será mas vivo con el tiempo, y como no amais á otro...

*Ana.* ¿Con que me permitireis, señor Carlos...?

*Car.* Todavía no, me falta que comunicaros un proyecto: quisiera...

## ESCENA X.

ANA. CARLOS. CALEB.

*Caleb.* Os buscaba, señor Carlos.

*Car.* ¿Para qué?

*Caleb.* Para daros esta carta.

*Car.* ¿De parte de quién?

*Caleb.* De parte de ese jóven que dejásteis en vuestro cuarto.

*Car.* ¿El nuevo dependiente?

*Caleb.* ¡Qué dependiente ni qué calabazas! Despues de darme esta carta para vos, me preguntó con voz muy conmovida si la casa tenia otra salida, y habiéndole enseñado la puerta del jardin, se ha ido por ella.

*Car.* ¡Es singular! dame, dame acá. (*Toma la carta y lee.*) “No puedo aceptar la colocacion que me ofreceis. Sed feliz; no nos volveremos á ver.” — ¡No está firmada! ¡Ah! el desgraciado se va á suicidar.

*Caleb.* ¡A suicidarse!

*Ana.* ¿Es posible? Dadme, dadme esa carta. (*Carlos se la da.*) ¡Cielos! ¡yo conozco esta letra...!

*Car.* ¿Qué decís, Ana?

*Ana.* Sí, es de un jóven que he visto yo muchas veces en casa de un pobre anciano que vive en el harrio de San Pablo. Mis Douglas, mi maestra, á quien yo acompañaba allá, le conoce hace mucho tiempo, y la escribia algunas veces; por eso le conozco yo tambien, y por eso he recordado su letra.

*Car.* ¿Pero sabeis su casa?

*Ana.* Sí, vive con su madre en la misma casa que el anciano, calle de San Pablo, número 10.

*Car.* ¿Y podeis decirme su nombre?

*Ana.* Sí, se llama Ricardo Sidney.

*Car.* ¡Sidney!

*Caleb.* ¡Dios mio! ¿qué teneis, señor Carlos? os habeis inmutado...

*Car.* ¿Y estais segura de que se llama Sidney?

*Ana.* Si me lo ha dicho.

*Car.* ¡Sidney! ¡y su madre vive con él...! ¡ah! si fuese...

*Ana.* mi querida Ana; sabed que el nombre que yo llevo... pero no, no puedo deciros nada hasta después de haberlos visto...

*Ana.* ¿Y por qué sospechais que ese jóven va á suicidarse? ¡Ah! Señor Carlos, os suplico que no le abandoneis.. Corramos...

*Car.* Sí, sí; Ana, llevádmelo allá; ¡vamos á salvar á ese desgraciado! (*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## Acto segundo.

---

*El teatro representa una habitacion sumamente pobre.*

### ESCENA PRIMERA.

*RICARDO, sentado junto á una mesa, con la cabeza apoyada entre sus manos. CARLOS entra por el fondo.*

*Car.* Aquí está, gracias á Dios.

*Ric.* ¿Es posible que no han de dejar á uno ni morirse con tranquilidad?

*Car.* ¡Ricardo Sidney! ¿así es como recibís á vuestro mejor amigo?

*Ric.* ¿Quién os ha dicho mi casa?

*Car.* Dios, por la voz de uno de sus ángeles. Pero dejad que tome aliento: la emocion que experimento... en este instante... (*Mirando en derredor.*) Dios mio, ¡cuánta pobreza! ¡cuánta miseria...! (*Se enjuga las lágrimas.*)

*Ric.* Ya lo veis... los poetas no se enriquecen como los comerciantes...

*Car.* ¿Dónde está vuestra madre?

*Ric.* Allí.

*Car.* ¿La habeis visto?

*Ric.* No, está durmiendo.

*Car.* Antes de suplicaros que me presentéis á ella, necesito hablaros, Ricardo.

*Ric.* (*Con desagrado.*) ¿Qué teneis que decirme? ¿que me habeis salvado la vida? ya lo sé: ¿que me habeis ofrecido una colocacion? tambien lo sé: ¿que he rehusado vuestros beneficios? pues bien, persisto en mi resolucion, no quiero aceptarlos. Quiero permanecer en la mi-



seria. Hago justicia á vuestras intenciones, pero os haré observar que si persistís en hacerme aceptar vuestros favores, os tendré por un importuno.

*Car. (Mirando con sentimiento.)* ¡Ah! Ricardo, sabed que en este momento no podeis ofenderme.

*Ric.* ¿Y por qué no? ¿porque vos sois rico, y yo pobre? Bien está; no sereis un importuno, sereis un insolente.

*Car.* ¿Qué teneis, Ricardo? No sois el mismo que hace una hora. ¿Os olvidais de que habeis estrechado mi mano con la efusion de un amigo?

*Ric.* ¡Ah! sí, perdonadme; debo pareceros un monstruo de ingratitud y de orgullo; pero no soy mas que un desgraciado. Me es imposible vivir en vuestra casa ni aceptar nada de vos, imposible: y si conociéseis la razon que me asiste para esta negativa, esloy seguro de que aprobariais mi conducta. Gracias á Dios, mis asuntos estan en mejor estado: al volver á casa he hallado á un librero que me ha encargado algun trabajo. Asi, pues, si habeis venido aqui á ofrecérme algun dinero, id á ofrecerlo á mi vecino, que es un pobre anciano agobiado como yo por la miseria. Yo fui en otro tiempo recomendado á él por uno de mis profesores en el colegio de Leyde. El infeliz ha visto morir una tras otra á sus tres queridas hijas, y se ha quedado ciego, sin duda de tanto llorar.

*Car.* ¿Habeis estudiado en Leyde?

*Ric.* Sí.

*Car.* ¿No fue un hermano de vuestro padre quien os recogió en su casa cuando aun érais muy niño?

*Ric.* Es cierto: ¿pero cómo sabeis...?

*Clara. (Dentro.)* ¡Ricardo!

*Car.* ¿Es ella!

*Ric.* Retiraos, caballero, retiraos: mi madre está mala, y no puede recibirlos.

*Car.* ¡Ah! Precisamente porque padece es por lo que deseo prodigarla mis cuidados. ¿La asiste algun médico?

*Ric.* ¿Para qué? no lo necesita.

*Car.* ¿Su enfermedad es incurable?

*Ric.* Incurable; y si Dios la devolviese el conocimiento de su desgracia la haria en verdad un favor todavía mas funesto que su desgracia misma.

*Car. (Con sentida vehemencia.)* ¡Está loca! ¡está loca!

*Ric.* Silencio.

*Clara.* (*Dentro.*) ¿Ricardo, estás ahí?

*Ric.* Idos, pues; dejadnos. (*Se dirige al cuarto de su madre. Carlos finge que se va, y se oculta en un gabinete.*)

## ESCENA II.

CLARA SIDNEY. RICARDO.

*Ric.* ¡Aquí estoy, madre mía!

*Clara.* (*Saliendo.*) Buenos días, Ricardo. Dime, ¿qué papel es este que han traído durante tu ausencia?

*Ric.* (*Leyendo.*) ¡Ah! Un mandato á la viuda Clara Sidney y á su hijo, previniéndoles que dejen el cuarto que ocupan en la calle de San Pablo, número 10, cuyos alquileres no han podido pagar. (*Oprime con rabia el papel entre las manos.*)

*Clara.* ¿Con que nos mandan mudar? ¿Y por qué? Este cuarto me gusta á mí mucho, mucho. ¿Desde las ventanas veo las praderas y los bosques de Hyde-Park, veo unos árboles muy hermosos que me recuerdan los bosques de mi patria...! Y si nos vamos, ¿quién cuidará del pobre ciego?

*Ric.* No nos iremos, madre mía. He encontrado un librero que me ha dado algun trabajo, y espero de aquí á mañana ganar lo suficiente para pagar los alquileres. (*Se sienta á trabajar.*)

*Clara.* (*Se dirige á su hijo y le besa en la frente.*) ¡Pobre hijo mio! (*Pausa.*) ¿Qué clase de obra vas tú á componer? ¿una tragedia? ¿un poema? ¿una ópera? quisiera que fuese una ópera; ¿qué espectáculo tan magnífico es una ópera! un soberbio salón brillantemente iluminado por gran número de arañas, multitud de señoras cubiertas de joyas y pedrerías.. los hombres repartidos por todos los ángulos del salón, y echando sus ojos en donde quiera que distinguen una muger hermosa, una atmósfera que embriaga, un movimiento que desvanece, un rumor que aturde. Despues se levanta el telón y se oyé una música que penetra el alma; y aquellos cantos deliciosos y aquellos bailes seductores, acaban de enagenar los sentidos y de turbar la

razon con magnificas ilusiones. Entonces se oye una voz que nos dice al oido: "Hé aqui el mundo á que estás destinada... ¿por qué dejas marchitar tu juventud lejos de estos placeres? ¿quieres disputar la palma de la belleza á todas esas mugeres que te rodean? di una palabra, y Londres se inclinará ante tus rodillas..." No, no; arráncame de este salon funesto... ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡no me llesves mas á la ópera!

*Ric.* Tranquilizaos, madre mia; no es una ópera lo que estoy escribiendo.

*Clara.* Bien, tanto mejor. ¿Entonces será una tragedia? ¿quieres un argumento para una tragedia? te lo voy á contar. Es horroroso, hijo mio, horroroso. Una desgraciada jóven fue seducida por los medios mas viles é infames, y arrastrada todavía á un mayor precipicio por su seductor, huyó con él de su casa, huyó con él de la casa de su marido... Cinco años habian pasado sin que el ofendido esposo hubiese podido hallar á la culpable esposa. Pero debia llegar un dia en que descubriese la casa donde ella se ocultaba con su amante. Impulsado por la venganza corre á buscarlos, y encuentra en el umbral de la puerta á su odiado rival, al pérfido causador de su deshonra... Brillan las espadas... se empeña un combate terrible... "Socorro, socorro; deteneos... yo soy quien debo perecer..." Ya era tarde... la Providencia habia abandonado al inocente; ¡y el inocente entregaba su vida anegado en un rio de sangre...!

*Ric.* ¡Ah! ¡Siempre, siempre esta imagen fatal! ¡Dios mio! ¡Cuándo pondreis término á esta horrible espacion! Madre mia! ¡madre mia!

*Clara.* Escucha, escucha; aun no lo sabes todo... El desgraciado abrió sus ojos moribundos... me miró con una mirada terrible que aun me parece que la tengo sobre mí... pronunció algunas palabras, y aquellas palabras eran mi sentencia.

*Ric.* Olvidad...

*Clara.* No, no, imposible olvidar aquella maldicion suprema que ha causado mi desgracia, que me persigue á todas horas, que me persigue en todas partes, y que me perseguirá mas allá del sepulcro... ¡No me la preguntes, Ricardo, no me la preguntes; me volveria loca si mis labios la repitiesen!

*Ric.* No, madre mia, no quiero saberla: decidme solamente el nombre del asesino de mi padre; su nombre es el que quiero saber para vengarle y vengaros; decidmelo, madre mia; decidme ese nombre...

*Clara.* Sí, sí, es preciso vengar á tu padre. ¿Quieres saber el nombre de su asesino? Se llamaba Enrique Clinton.

*Ric.* ¿Pero era ese su nombre? ¿no era un nombre supuesto?

*Clara.* Sí, es verdad; no se llamaba asi. Yo le vi un dia pasar en la carroza del rey... era él, era Enrique Clinton: ¿el hijo de un simple ciudadano ocupar el lugar de los mas distinguidos señores? no, no podia llamarse asi. Me estremecí á su vista... y me abalancé delante de los caballos para detenerlos... Entonces se oyó un gran ruido... una nube de polvo y de sangre oscureció mi vista... y no sentí nada mas... Cuando volví en mi acuerdo, me hallaba encerrada en un buque que me conducia lejos de Inglaterra... Pregunté por mi hijo, y aquellos monstruos me amenazaron prohibiéndome pronunciar su nombre... ¡pobre hijo mio! me lo habian arrebatado durante aquel tumulto... ya no debia volverle á ver jamas...

*Ric.* ¡Desgraciado hermano!

*Clara.* ¡Hermano! ¿hermano has dicho? ¿con que no le aborreces? ¿con que no temes darle el nombre de hermano?

*Ric.* ¿Y por qué aborrecerle? ¿por qué negarle tan sagrado título? ¿Es él acaso responsable de los crímenes de su padre? ¿no es sangre vuestra la que corre por sus venas? ¿no hemos sido los dos alimentados por vuestro pecho? Acaso le hubiera amado menos si su padre le hubiese reconocido y asegurado su porvenir; pero su suerte es tan fatal como la mia... somos hermanos por un doble vínculo, por el de la sangre, y por el del infortunio.

*Clara.* (Llorando.) ¡Y aquellos bárbaros me lo arrebataron, Ricardo! ¿qué habrá sido de él? Pobre niño; abandonado en medio de esa ciudad inmensa, sin parientes, sin recursos, sin nada en el mundo... acaso pereceria víctima del hambre y del frio... y me acusaria de haberle abandonado... ¡y moriria maldiciéndome...!



## ESCENA III.

CLARA SIDNEY. RICARDO. CARLOS, *saliendo del gabinete donde estaba oculto.*

*Car.* No, madre mía, no; jamás ha pronunciado vuestro nombre sino para bendecirlo.

*Ric.* ¿Su madre ha dicho!

*Clara.* Ricardo, ¿quién es este joven?

*Car.* Díceselo, Ricardo, díceselo; ahora debes comprender por qué no quería alejarme de aquí.

*Ric.* Pero, ¿será posible?

*Car.* ¿Lo dudas, Ricardo?

*Ric.* ¡Ah! ¡hermano mio! (*Se abrazan.*)

*Clara.* ¿Su hermano!

*Car.* (*De rodillas delante de su madre.*) Sí, yo soy ese hijo, cuya muerte llorabais. Recogido en una calle de Londres por el más generoso de los hombres, le amaba como un hijo; ¡pero cuántas lágrimas me ha arrancado vuestra memoria! Yo no podía olvidar ni los cuidados, ni las caricias que me habíais prodigado en mi infancia. No, jamás creí que mi madre me hubiese abandonado; yo sabía que me amabais. Practiqué mil gestiones para encontraros, pero todo fue inútil; solo pude saber que habíais dejado á Londres... Entonces, sospechando mi bienhechor que vuestro misterioso destierro podía haber sido ocasionado por alguna causa política, me hizo cambiar de nombre... ¡Oh! madre mía, nuestro encuentro es un milagro de la Providencia; van á cesar todas nuestras desgracias.

*Clara.* Habla, habla, hijo mio; no me canso de oírte ni de verte. Sí, sí, hé aquí la imagen que encantaba mis sueños. (*Le abraza con transporte.*) Ricardo, necesitabas un amigo... un hermano... aquí le tienes; míralo. (*Los hermanos se estrechan la mano.*) Gracias os sean dadas, Dios mio; las faltas de la madre no les impedirán que se amen.

*Ric.* ¿Y cómo dejaría yo de amarle? le conocía antes de saber que fuese mi hermano; y si supierais, madre mía...

*Car.* Silencio, hermano mio; ni una palabra sobre lo pasado.

*Clara.* ¿Y vivirás con nosotros? ¡Ah! yo quisiera que ha-

bitásemos un palacio; pero, ya lo ves, la pobreza y la miseria es lo único que podemos ofrecerte.

*Car.* (Con alegría.) Aun cuando así fuese, madre mía, os aseguro que las sobrellevaria con gusto; pero no, os repito que van á cesar nuestras desgracias; no sufríreis más las angustias que trae consigo la miseria. Y ahora permitidme que os presente un ángel cuyos cuidados, unidos á los nuestros, os harán olvidar todos vuestros males. (Se dirige á la puerta del fondo.) ¡Ana! ¡Ana!

*Ric.* ¿Ella aquí? ¡Dios mío!

#### ESCENA IV.

LOS MISMOS. ANA.

*Car.* Ana, mis esperanzas se han realizado. Ved aquí á mi familia.

*Ana.* (Adelántandose.) ¡Señora!

*Car.* Madre mía, abrazadla y bendecidla; pronto será vuestra hija.

*Clara.* ¿Qué dices? ¡ah! ¡cuánta es mi alegría! yo la conozco ya. La he visto muchas veces en la habitación del pobre ciego. Yo sabía hace mucho tiempo que mi hijo te amaba, sí, mucho tiempo. Mira, ¿ves esos papeles todos llenos de improvisaciones y de versos? pues no hallarás uno solo donde Ricardo no haya estampado tu nombre.

*Car.* ¡Ricardo!

*Ric.* ¡Madre mía!

*Ana.* ¿Qué decís, señora?

*Clara.* ¿Pero qué tenéis? ¡No parece sino que revelo un secreto terrible! No, Ricardo mío, no te inquietes por eso. En vísperas de casarte con ella, bien puedo yo decir que la amas. ¿Pero cómo ha sido esto? no comprendo... ¡ah! sí, ya me acuerdo; ayer entraste aquí pálido, demudado... Yo te veía al través de esos vidrios. Te sentaste junto á esa mesa y te vi exclamar con mucha agitacion: le ha dicho á nuestro vecino que debía casarse dentro de ocho días... Eras vos, ¿no es verdad? ¿y por qué milagro?

*Ana.* (Turbada.) No es con vuestro hijo Ricardo, es con Carlos con quien debo casarme.

*Clara.* ¿Carlos...?

*Car.* Ana, habeis hecho una visita muy corta á vuestro enfermo; no es justo que yo os detenga por mas tiempo. Mi madre os acompañará, y al instante iré á reunirme con vosotras.

*Ana.* Sí, sí; venid, señora. (*Vase con Clara, que se deja conducir con docilidad, aunque con mucha lentitud, y sin dejar de mirar á sus hijos.*)

ESCENA V.

CARLOS. RICARDO.

*Car.* (*Dirigiéndose á su hermano con precipitacion.*)

¡Ricardo! ¿la amas?

*Ric.* ¡Hermano mio!

*Car.* Dime la verdad; háblame con franqueza.

*Ric.* Pues bien; sí, la amo.

*Car.* ¡Qué desgraciado soy!

*Ric.* ¡Desgraciado! ¿y por qué? ¿no eres tú á quien ella ama? ¿no te lo ha dicho esta mañana? ¿no te lo ha repetido ahora? Sí, sí, goza de ese amor que debe colmar tu ventura, y no te inquieten los celos de un insensato: yo sé lo que me toca hacer.

*Car.* ¿Qué harás?

*Ric.* Partir á América.

*Car.* ¡Abandonarnos!

*Ric.* Es preciso.

*Car.* Y qué, ¿habria yo hallado un hermano para perderle tan pronto? no, no; imposible. Te quedarás en Londres, cultivarás tus talentos y adquirirás un nombre glorioso; estoy seguro de ello. Solo de este modo podrás olvidar ese desgraciado amor. En cuanto á mi, escucha mi resolucion. Renunciaré á esa felicidad apetecida, no seré el esposo de Mis Ana hasta el dia en que vengas á decirme: hermano mio, puedes casarte con ella.

*Ric.* ¿Y podré yo aceptar...?

*Car.* Si, Ricardo, sí; yo te lo suplico. Sufriré, pero cumpliré mi palabra.

RICARDO. CARLOS. ANA. *Despues* CALEB.

*Ana.* Señor Carlos, señor Carlos, Caleb os busca, quiere hablaros al instante. Me ha dicho... algunas palabras, y temo que haya sucedido alguna desgracia.

*Car. (Viendo á Caleb.)* Y bien, ¿que ha sucedido?

*Caleb.* ¡Ah! no sabeis... aquel malvado... bien lo decia yo...

*Car.* Acaba, explícate.

*Caleb.* El banquero Sydenham, ese bribon que anoche...

*Car.* ¿Ha muerto?

*Caleb.* ¡Ojalá! pero no señor, no ha sido eso. Ha quebrado en mas de quinientas mil libras, y ha huido de Londres al amanecer.

*Ana.* ¿Y tenia mi padre fondos en su casa?

*Caleb.* Sí, señorita: esa es la causa de mi desesperacion. Teniamos en su casa dos mil ochocientas libras, y contábamos con ellas para el pago de las obligaciones del trimestre que cumple mañana.

*Ana.* ¿Y faltándonos esa cantidad...?

*Caleb.* Será forzoso hacer bancarrota.

*Car. (Reprimiéndose.)* ¿Qué estás diciendo? ¿Quebrar la casa Butler? Tú has perdido la cabeza.

*Caleb.* ¿Pero con qué hemos de pagar á los trabajadores y las letras vencidas?

*Car.* Ya veremos: no se trata ahora de lamentaciones. *(Paseándose muy agitado.)* ¿Y el infame daba un baile para ocultar mejor los aprestos de su marcha y burlar á sus acreedores? ¡Ah! ¡qué necio fui!

*Ana.* ¿Y sabe ya mi padre tan fatal noticia?

*Caleb.* Sí, señorita; él mismo me la ha dado. ¡Pero si le viérais...! Está tan abatido que apenas acierta á hablar.

*Ana.* ¡Ah! ¡Y yo no estaba allí para consolarlo! Vamos, Carlos, venid conmigo.

*Car.* Sí, Ana; iremos á tranquilizarle. Aun no está todo perdido. Aun conserva vuestro padre buenos amigos que podrán favorecerle. Y ese miserable Sydenham... ¿Cuándo has dicho que partió?

*Caleb.* Al amanecer, por el camino de Douvres.

*Car.* ¡Ah! ¡Aun puede que haya medios de alcanzarle! A Dios, hermano mio.



*Ric.* ¿Y yo nada puedo hacer por tí?

*Car.* Nada. Espérame aquí. Caleb vendrá á informarte de todo. Venid, Ana, venid. (*Vanse Ana, Carlos y Caleb.*)

### ESCENA VII.

RICARDO. *Despues* CLARA.

*Ric.* Es verdad, nada puedo hacer por él, nada. Ana, Carlos, tambien vosotros participais de mi desgraciada suerte; la fatalidad pesa sobre todos nosotros.

*Clara.* (*Saliendo.*) ¿Eres tú, Ricardo? ¿Estás solo?

*Ric.* Sí, madre mia.

*Clara.* Me alegro; tengo muchas cosas que decirte. Por supuesto que no es á Carlos, sino á tí, á quien ella ama, ¿no es verdad?

*Ric.* No hablemos de eso, madre mia. No se trata ahora de los amores de Carlos ni de los míos. ¿No sabeis lo que sucede?

*Clara.* Sí, ya lo sé; una traicion, una banquerota... pero eso no es nada. Ya soy yo rica, Ricardo: te daré tres mil guineas cuando te cases.

*Ric.* ¡Madre mia...!

*Clara.* Dame, dame mi manto: quiero ir á casa del duque de Sutherland; quiero decirle... espera... quiero decirle... ¡Ah! ya me acuerdo. "Milord, yo sé quién es el autor del libelo titulado *Jacobo II ante su siglo*, y vengo á deciros su nombre." Pronto, pronto, dame mi manto, ya ves que tengo derecho á tres mil guineas.

*Ric.* ¿Pero qué estais diciendo? ¿Acaso vos conoceis al autor de ese famoso libelo?

*Clara.* Sí, le conozco.

*Ric.* Es imposible.

*Clara.* ¿Podrá oirnos alguien...? Escucha... Es el poeta Milton

*Ric.* ¡Milton! ¡Ah! ya hace muchos años que no se sabe su paradero.

*Clara.* Justamente: es el pobre ciego.

*Ric.* ¿Qué decís, madre mia?

*Clara.* Sí, nuestro vecino.

*Ric.* ¿Será posible? ¡Desgraciado!

*Clara.* (*Enseñándole muchos papeles.*) Mira, mira el manuscrito original del libelo, los apuntes que sirvieron

para su redaccion... las cartas de algunos sujetos... ¡Pobre ciego! ¿Quién lo hubiera creído? Ha sido maestro del duque de Monmouth...

*Ric.* (*Examinando los papeles.*) ¡Oh! sí, sí, no hay duda. ¿Pero cómo habeis sabido este secreto? ¿Quién os ha dado estos papeles?

*Clara.* ¿Quién me los ha dado...? Deja que me acuerde... (*Acordándose de repente.*) Él mismo.

*Ric.* ¡Él!

*Clara.* “Querida vecina, me dijo después de haberme declarado su nombre, me quedan pocos días de vida, y antes de morir quiero daros á vos y á vuestros hijos una prueba de mi reconocimiento por los cuidados que me habeis prodigado. Tomad estos papeles, llevadlos al duque de Sutherland: decidle que yo soy el autor de ese libelo, cuyas revelaciones han sublevado contra el rey Jacobo la mitad de la Inglaterra. Os dará en recompensa tres mil guineas. En cuanto á mí, me prenderán, me encerrarán tal vez en la torre de Londres; pero no importa, ese es mi deseo. En la torre hallaré al duque de Monmouth, mi discípulo querido, y moriré en sus brazos.”

*Ric.* ¿Eso os ha dicho? ¿De veras?

*Clara.* Sí; y luego me encargó mucho el secreto.

*Ric.* Está bien, madre mia; yo guardaré estos papeles.

*Clara.* No, no; vuélvemelos: se trata de tu fortuna, de tu felicidad; yo quiero llevarlos á casa del ministro

*Ric.* Es mucho mejor que yo los lleve.

*Clara.* ¡Ah! si tú vas, eso es diferente. ¿Pero irás hoy mismo?

*Ric.* Sí, madre mia.

*Clara.* (*Sentándose.*) Bien, como quieras. Al fin te veré feliz, hijo del alma.

*Ric.* Estais abatida, madre mia; habeis sufrido hoy muchas sensaciones, y necesitais de reposo: descansad, descansad un momento mientras yo me pongo á trabajar.

*Clara.* ¿Y cuándo irás á casa del ministro?

*Ric.* Al instante. (*Hablando para sí.*) ¡Dios mio! ¿Será posible? ese anciano ciego, desconocido y abandonado de todo el mundo, es el Homero inglés... Pero él no sale nunca de casa... ¿Cómo habrá podido...? (*Se acerca á la madre, la cual está casi dormida.*) Madre mia, ¿no

os ha dicho nuestro vecino dónde se ha impreso su libro?

*Clara.* Sí, aquí mismo, y por la mas pequeña de sus hijas. Hay en la casa un cuarto secreto donde se hallan todos los utensilios de una imprenta, y los ejemplares restantes del libelo. Ese cuarto tiene dos entradas, la una por el corredor, frente por frente de la ventana, y la otra... por aquí... junto á esa alacena donde tú guardas la espada de tu padre... á la altura de la mano... Busca... busca... *(Se duerme.)*

*Ric.* *(Se dirige hácia el sitio que le ha indicado su madre, halla el resorte y se abre la puerta.)* ¡Ah...! oigo ruido... *(Vuelve á cerrar con presteza.)* ¡Es Caleb!

### ESCENA VIII.

RICARDO. CALEB. CLARA, dormida.

*Ric.* Hablad bajo. ¿Qué ha ocurrido?

*Caleb.* Lo peor que podriamos temer. La noticia de nuestra desgracia ha cundido por todo Londres. Los trabajadores se han alarmado, y quieren que se les pague en el acto.

*Ric.* ¡Miserables! ¿Pero no se les ha podido aquietar?

*Caleb.* Al fin el señor Carlos pudo conseguir que volviesen á sus talleres. Despues montó á caballo y desapareció como un relámpago. Pero antes me dejó muy encargado que os suplicase fueseis á reemplazarle.

*Ric.* Está bien. ¿Y qué traeis ahí?

*Caleb.* Varias cartas que el señor Carlos me ha dejado para algunos amigos de mi amo.

*Ric.* ¿Y vos no hareis nada en favor de vuestro amo?

*Caleb.* ¿Qué decís? ¡Oh! si á costa de mi vida pudiese salvarle... Decid lo que quereis.

*Ric.* Ahora no es posible, pero lo sabreis despues.

*Caleb.* ¿Pero cómo podreis...?

*Ric.* Ese es mi secreto. Marchemos, marchemos.

*Caleb.* ¿Y vuestra madre?

*Ric.* La dejaré encerrada y volveré despues. *(Se oye el redoble de un tambor.)* ¿Qué ruido es este?

*Caleb.* Es el piquete que acompaña al duque de Monmouth, á quien sacan de la torre para llevarle al consejo de ministros. ¿Y bien...?

*Ric.* Vamos, Caleb, vamos. (*Besa la mano á su madre y vase con Caleb.—El ruido de los tambores indica que la comitiva pasa en este momento por debajo de las ventanas.*)

*Clara.* (*Despertando.*) ¡Sidney..! ¡perdon! ¡perdon...!  
 ¡Pero dónde estoy? ¿qué ruido es este? ¿Algún desgraciado que conducen al suplicio? (*Se asoma á la ventana, y da un grito espantoso.*) ¡Ah...! él es... (*Corre hácia la puerta, y la encuentra cerrada.*) ¡Clinton...!  
 ¡Clinton...! (*Cae sin sentido en el suelo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

# Acto tercero.

---

*Un salon de Tower-Hill. Arquitectura magnífica. Puerta al foro y laterales.*

## ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE SUTHERLAND y LOS MINISTROS *reunidos en consejo.* EL DUQUE DE MONMOUTH *introducido por un UGIER.*  
GUARDIAS.

*Duque.* Milord, el consejo os ha rogado que por última vez comparezcáis ante él, á fin de preguntaros si no teneis nada que añadir á vuestras precedentes declaraciones.

*Mon.* Milores, cuando desembarqué en las costas de Inglaterra seguido de algunos amigos desterrados como yo, y resueltos á seguir mi suerte, puse á Dios por testigo de que me sentia guiado por el amor de la patria, y no por una vana ambicion. Inglés y protestante, me he condolido al ver la próxima ruina de mi religion, y he empuñado las armas. La Providencia me ha abandonado; pero la causa que sigo no por eso es menos justa y nacional, y vendrá dia en que manos mas venturosas la harán triunfar. Hé aqui todo lo que tenia que deciros, milores; ahora dad cumplimiento á la ley.

*Duque.* La clase á que pertenece vuestra gracia, y la memoria de vuestro padre nos imponen el deber de escucharos; pero no es ese lenguaje el que os hará mejorar de posicion. Vos teneis inteligencias secretas en diversos puntos del reino. Nadie se compromete en tan vasta empresa sin contar con seguros auxilios. Milord, ¿ quiénes eran vuestros partidarios, vuestros secuaces? Responded

á esto con absoluta franqueza, y tal vez sea ese el único medio de salvaros.

*Mon.* Duque de Sutherland, la memoria de mi padre, que acabas de citarme, debió haber anudado tu lengua al ir á dirigirme esa pregunta. Sí, dices bien, me hallaba en inteligencia con varios puntos del reino; lores poderosos me habian hecho magníficas promesas. Pero yo no conozco mas amigos que los que vinieron á sucumbir á mi lado en las llanuras de Sedge-Moor. ¡Honra y prez á los que los han sobrevivido! En mi escudo hay una barra, pero nunca habrá borron en mi nombre.

*Uno de los ministros.* Vuestra gracia conviene en que fue halagado por falsas promesas: ¿qué consideraciones merecen ya los que le fueron traidores?

*Mon.* Milord, yo mismo me daría ese nombre si fuese capaz de entregar una sola cabeza á vuestros cadalsos.

*Duque.* (*Consultando unos apuntes.*) Un punto hay sobre el cual podeis al menos satisfacernos. Al mismo tiempo que vuestras proclamas inundaban la Inglaterra, se ha repartido con profusion por Londres un libelo insultando la magestad real. A través de un diluvio de calumnias, ese libelo citaba documentos auténticos, cartas autógrafas del rey nuestro señor, al rey Luis XIV y al gefe supremo del gobierno romano. No os preguntamos quién es el autor del libelo, porque bien sabemos que os negariais á declararlo; ¿pero no pudiérais hacer de modo que esos documentos en que se apoya el autor del libelo, esas cartas que cita y que la traicion ha puesto en vuestras manos, volviesen á parar á las nuestras? El rey os ofrece el perdon, si tal lo hicierais.

*Mon.* Me es imposible daros los papeles que me pedís sin entregar la persona que los posee. A mas de eso, tenia orden de quemarlos en el caso en que yo fuese vencido.

*Duque.* ¿Por qué no os habeis reservado ese medio de salvacion?

*Mon.* Porque queria vencer.

*Duque.* ¿No teneis nada mas que decir al consejo?

*Mon.* Deseaba preguntarle si me sería permitido disponer de los bienes que poseo en Holanda. Como principe, nada he hecho de que me arrepienta. Como hombre, he cometido muchos yerros; uno sobre todo que quisiera reparar.

*Duque.* Sois dueño de hacer vuestro testamento, milord; y puedo desde ahora aseguraros que todas vuestras voluntades serán fielmente observadas. Pero aun no nos hallamos en ese caso. Dios salvará á vuestra gracia.

*Mon.* Agradezco vuestros buenos deseos, milord. Dios salve á la Inglaterra. (*Saluda, y vase escoltado por los porteros y guardias.*)

## ESCENA II.

### LOS MINISTROS.

*Duque.* Habeis oido al príncipe, milores; no esperéis otras respuestas de los labios de un Estuardo. Hay momentos en que la habilidad del hombre de Estado consiste en apelar á su conciencia: el rey Carlos II nos ha hecho lo que somos. ¿No sería jugar con nuestro honor enviar á su hijo al cadalso?

*El ministro que habló anteriormente.* Nosotros somos sus jueces. Un bill ha pronunciado contra él la pena de murete. ¿Debe darse cumplimiento á ese bill? Tal es la pregunta. Sea cuál fuere nuestra respuesta, para nada se compromete con ella la clemencia real.

*Duque.* Eso es bueno para decírselo á las cámaras, milord; pero aqui no nos podemos hacer ilusion. Si decretamos que el bill sea ejecutado, el duque morirá esta misma noche. No quiero yo poner con esto en duda las buenas disposiciones del rey; pero ya sabeis quién está encargado de dirigir su conciencia, y el padre Peters, al querer oír nuestro dictámen, no busca mas que el medio de echar sobre los ministros la responsabilidad de la sangre que va á derramarse.

*El ministro.* Repito que el rey no puede hacer un acto de clemencia si nosotros no damos primeramente prueba de severidad. El tiempo urge. Yo soy el que el primero debe estender su dictámen. (*Escribe algunas palabras en un papel, que pasa sucesivamente á manos de sus colegas.*)

*Duque.* Duque de Norfolk, acordaos que el padre del de Monmouth os devolvió vuestros bienes confiscados durante el largo parlamento; Carlisle, él os nombró caballero de la Jarretiera, y vice-presidente del consejo del

almirantazgo; lord Ormond, á él debeis la baronía de Cleveland en Irlanda, es decir, la dignidad de par y seis mil guineas de renta.

*El ministro.* Hé aqui nuestro dictámen con arreglo á conciencia. Le hemos firmado con todos nuestros nombres, cumpliendo los deseos de S. M. Añadid el vuestro, milord, y poned en sus manos el resultado de nuestra deliberacion. (*Vanse los ministros.*)

### ESCENA III.

EL DUQUE DE SUTHERLAND, *solo.*

¡A muerte! ¡A muerte...! ¡Ingratos y cobardes! Es preciso oponerse á su dictámen, es preciso probar al rey que la muerte de su sobrino suscitaria nuevos odios contra él, y deshonoraria su memoria. ¡Pero qué hay que esperar de un príncipe dispuesto á sacrificar sus tres reinos por una misa! Solo conseguiria perderme sin salvar al duque, ¡y es preciso que le salve! ¡Noble y valeroso jóven! ¡Con qué entereza se ha negado á nombrar á sus cómplices! ¡Sus mismas cualidades le han perdido! No era un caballero, era un político lo que necesitábamos. ¿El príncipe de Orange tal vez? Lo pensaré. Entre tanto no dejaré perecer al duque de Monmouth víctima de una empresa que yo he alentado y favorecido. ¿Yo abandonarle? Dios me castigaria en la persona de mis hijos. (*Llama y sale un ugier.*) ¿Está ahí sir Mulgrave, el teniente de la torre?

*Ugier.* Acaba de llegar hace un instante.

*Duque.* Decidle que entre.

### ESCENA IV.

EL DUQUE. MULGRAVE.

*Duque.* Tomad, sir Mulgrave.

*Mul.* Gracias al cielo, en esta deliberacion falta la firma del primer ministro.

*Duque.* El cual será preciso sin embargo que la ponga tambien; pero no os alarmeis. Mis intenciones son siempre las mismas.



*Mul.* ¡Ó nobles lores! pronto han olvidado que debian al rey difunto las primeras dignidades del Estado, caudales cuantiosos... Vos al menos, milord, aunque hombre político, teneis entrañas. Dios os lo premie.

*Duque.* Vos me ayudareis cuanto estuviere en vuestra mano, ¿no es verdad, sir Mulgrave?

*Mul.* Disponed de mí. Antiguo soldado de Cromwell, no he pertenecido al partido de los Estuardos hasta que se afilió en él el general Lambert. El duque de Monmouth tuvo arte para hacer que continuara sirviéndole con otros varios que se hallaban en mi caso; jóven, caballeroso y valiente, ha sabido mejor que ningun otro de la familia granjearse todos los corazones en favor del rey; quince años me he batido contra su abuelo y contra su padre, y ahora estoy pronto á derramar por él la poca sangre que me queda.

*Duque.* ¿En qué estado se halla el proyecto de evasion que debia ponerse en planta esta noche?

*Mul.* Mucho desconfio del éxito.

*Duque.* Entiendo: la negativa de ese comerciante, de ese Jorge Butler que ha rehusado esconder en su casa á dos emisarios nuestros, lo ha desbaratado todo.

*Mul.* Asi es la verdad, milord; creo por lo tanto prudente abandonar ese proyecto. Tengo ya concertado otro; pero temo no haya traslucido algo ese irlandés maldito, esa sierpe de Mac-Donnell...

*Duque.* ¿Mi secretario...!

*Mul.* Vuestro espía. Ese miserable manda casi tanto como yo en la torre, y como vos en este palacio.

*Duque.* ¿De eso os asombráis? ¿No es el hombre de confianza del padre Peters, confesor del rey! ¿Tal es mi destino siendo ministro de un país libre! Sumiso cual esclavo al capricho de ambos parlamentos, es preciso ademas que me resigne á ver fiscalizados todos mis actos por un espía subalterno, medio verdugo y medio jesuita, al cual han inculcado sus maestros el espíritu inquisitorial, sin por eso modificar su rudeza.

*Mul.* ¿Desventurado duque de Monmouth! ¡habrá de sucumbir al cabo!

*Duque.* No, no; si vuestro proyecto se frustra, aun tengo yo uno que tal vez...

*Mul.* ¿Cuál?

*Duque.* Entre los prisioneros de la batalla de Sedge-Moor hay algunos escoceses, cuya adhesion por el duque de Monmouth raya en fanatismo... Si alguno de ellos se prestase á tomar su trage y su nombre... No es el primer rasgo de esta clase que presenta nuestra historia...

*Mul.* Imposible, milord. Todos ellos aguardan el perdón, y no consentirian nunca.

*Duque.* Alguien se acerca. Silencio.

*El ugier.* (*Saliendo.*) El secretario de milord pide permiso para entrar.

*Duque.* ¡Mac-Donnell! ¡Qué me quiere!

*Ugier.* Viene acompañado de un jóven que acaba de ser preso en la calle de San Pablo, y que, según dicen, es el autor del famoso libelo..

*Duque.* ¡Un jóven preso en la calle de San Pablo...!

*Mul.* Milord, disimulad.

*Duque.* (*Para sí.*) Calle de San Pablo.. En ese barrio es en efecto... ¿Qué debo pensar?

*Ugier.* Diré que milord no está visible.

*Duque.* No tal. Se trata de un asunto de Estado. Decidle que soy con él al instante. Vos, sir Mulgrave, seguidme; es preciso que no nos vea juntos. Venid, venid. (*Vanse el duque y Mulgrave: óyese un sordo rumor dentro.*)

## ESCENA V.

EL UGIER. MAC-DONNELL. RICARDO.

*Ugier.* Milord va á salir al momento.

*Mac.* Bien. (*Vase el ugier.*) ¡Pobre duque! Se ha marchado de aquí para que no le sorprenda en conferencia secreta con el teniente de la torre; pero á mí no se me engaña facilmente. A no dudar, ellos maquinan algo para salvar al príncipe herege. Por fortuna que estoy yo aquí. (*Los rumores habrán ido en aumento. Se oye el pueblo al pie de los balcones.*)

*Voces del pueblo.* ¡Al agua! ¡al agua, Sydenham y Butler!  
¡Al Támesis! ¡al Támesis!

*Mac.* ¿Eh? ¿qué ruido es este...? ¡Ah! respiro, no va conmigo ahora. Desde que últimamente fui recibido á pedradas en la plaza del Mercado Nuevo, se me figura que todas las asonadas son contra mí.

*Ric.* ¿Qué voces son esas?

*Mac.* No es nada... dos comerciantes fallidos á quienes el pueblo va á zambullir en el agua para divertirse.

*Ric.* ¿Luego van á ahogarlos?

*Mac.* ¿En efigie! ¿en efigie!

*El pueblo.* Al río. ¡Hurra! ¡Hurra!

*Ric.* ¿Y quiénes son los dos sugetos representados?

*Mac.* ¿Quiénes son? Uno de ellos es el obeso Sydenham con su calzon encarnado y su sombrero galoneado de oro.

*Ric.* ¿Y el otro?

*Mac.* El otro no le conozco... Le han puesto trage de cuákeros, el pelo á lo puritano...

*Ric.* ¿El señor Butler!

*Mac.* ¡Ah! ¿es ese Jorge Butler?

*Ric.* Pero eso es una infamia. Jorge Butler es un hombre honrado... no ha hecho bancarota.

*Mac.* ¿Vos lo creéis así? pues yo os digo que se halla comprometido por una gruesa suma en la bancarota de Sydenham, que se ha fugado á Francia.— Respecto á esos castigos populares, yo no los repruebo; antes por el contrario los encuentro un fin moral, muy moral. Amigo mio, es preciso probidad.

*Ric.* ¡Ó Dios mio!

*Mac.* Mirad; aqui sale el ministro.

## ESCENA VI.

EL DUQUE DE SUTHERLAND. RICARDO. MAC-DONNELL.

*Mac.* Milord, esta mañana al dirigirme hácia aqui he encontrado al paso un anciano vestido humildemente, el cual me ha dicho que conocia al autor del opúsculo sedicioso que tanto ruido ha metido en Londres; y me ha reclamado las tres mil libras esterlinas ofrecidas al delator. He tomado declaracion al anciano, y en vista de ellas me he trasladado á casa de este jóven, calle de San Pablo, número 10. Alli, en un cuarto bajo que habita con su madre, hemos hallado una imprenta, varios papeles, de los que he formado inmediatamente un legajo, y cuarenta ejemplares del citado opúsculo, cuyo autor ha declarado ser. Hé aqui uno de los ejemplares. Ved; comparad y resolved, milord.

*Duque.* (*A Mac-Donnell, despues de haber recorrido los papeles.*) ¿Son estos todos los papeles que habeis encontrado?

*Mac.* Todos, milord.

*Duque.* Respiro. (*A Ricardo.*) Acercaos; ¿cómo os llamais?

*Ric.* Ricardo Sidney.

*Duque.* ¿Vuestra edad?

*Ric.* Veinticinco años.

*Duque.* ¿Con qué recursos contais?

*Ric.* Con los que trescientas mil criaturas de Dios que se levantan todos los días en esta capital sin saber si les faltará el pan cotidiano.

*Mac.* (*Al duque en voz baja.*) Dice bien; toda esta canalla de escritores se muere de hambre en un granero, y pretende regentar el mundo. Os declaro que este es hombre peligroso; le conozco. Ayer, en un raptó de desesperacion, se arrojó al Támesis, y el que le sacó le ha hecho por cierto un flaco servicio.

*Duque.* Acabais de oír la acusacion que pesa sobre vos. No podeis ignorar cuál era el objeto del folleto denunciado, y el castigo que á su autor aguarda. ¿Qué teneis que responder?

*Ric.* Que estoy pronto á morir.

*Duque.* ¿Luego confesais...?

*Ric.* Milord, en mi casa han hallado pruebas tan decisivas, que toda negativa sería inútil. No hay juez en Inglaterra que necesite mi declaracion para condenarme.

*Duque.* Sin embargo, cuando un hombre se halla envuelto en una acusacion tan grave como es esta, busca el modo de defenderse.

*Ric.* Milord, todo hombre capaz de sacrificarse por una idea tiene menos apego á la vida que á la verdad.

*Duque.* ¿En qué ocasion hicisteis el conocimiento del duque de Monmouth?

*Ric.* Yo no he dicho que le conocia.

*Duque.* ¿Qué interes os ha movido, si no sois partidario del príncipe, á escribir ese folleto?

*Ric.* El interes del pueblo, cuyos derechos fueron siempre sostenidos por él.

*Mac.* (*Al duque.*) Milord, este hombre falta á la verdad en eso: yo acabo de ver á su madre y la he conocido; es



una pobre loca que fue desterrada de Inglaterra en tiempo del difunto rey. La causa de su destierro, la de su locura, es una historia que yo sé muy á fondo. Estad seguro que su hijo es un ciego partidario del duque de Monmouth.

*Duque.* ¿Dónde está el hombre que le ha denunciado?

*Mac.* Esperando ahí fuera.

*Duque.* Mandadle entrar.

## ESCENA VII.

DICHOS. CALEB.

*Duque.* (*Viendo á Caleb.*) ¡Este hombre delator!

*Mac.* ¿Milord le conoce?

*Duque.* Tengo una idea... (*A Caleb.*) ¿Persistís en declarar que Ricardo Sidney, á quien tenéis presente, es el autor de este libelo?

*Caleb.* (*Turbado y bajando los ojos.*) Sí, sí... milord.

*Mac.* Levantad los ojos, y mirad al menos al que habéis delatado.

*Caleb.* Es el mismo.

*Duque.* ¿Y al hacer esta declaracion no estais animado contra él de ningun sentimiento de odio ni venganza?

*Caleb.* No; yo no le aborrezco.

*Duque.* ¿Cómo habeis descubierto su secreto?

*Caleb.* Yo...

*Ric.* Voy á decíroslo yo, señor duque. Este anciano se halla cortado por vuestras preguntas y por mi presencia; no venia preparado á esta confrontacion. Permitid que yo...

*Duque.* ¿Le justificais, cuando él os denuncia?

*Caleb.* ¿Dios mio...!

*Ric.* Dejadme hablar á mí. Sabed que el señor cumple un convenio hecho de antemano entre los dos. Anciano como veis, cargado de una numerosa familia y arruinado por un reciente desastre, ha venido á mí reclamándome una crecida suma que me adelantó en tiempos mas felices, y que es en el día su único recurso. ¡Yo no tenia un solo scheling que darle, milord, cuando él habia confiado en mi honradez, en mi hidalgua! Afortunadamente podia desquitarme con él ofreciéndole mi vida. Al prin-

cipio se negó; pero luego que ha visto á su familia en la mayor desesperacion, próxima á carecer de todo, no ha sido dueño de su razon: ha vuelto á leer el cartel que vos habeis mandado fijar en todos los parages públicos de Loudres, y ya sabeis lo demas. Juzgadle como os plazca, milord; yo que leo en su alma, le digo que puede presentarse con la frente erguida, y le ruego que me deje estrecharle entre mis brazos. (*Ricardo le abre los brazos; Caleb se precipita en ellos.*)

*Duque.* Estraña declaracion... aqui se encierra algun misterio...

*Ric.* ¡Qué puede importaros á vos! Sabeis mas de lo que teniais derecho á exigir. Segun los términos de vuestro bando, el que os descubra el autor del libelo, no está obligado á revelaros su nombre, ni los motivos que tuviese para hacerlo. Una vez cerciorado de que sus declaraciones son verídicas, le abonareis tres mil guineas y le dejareis en libertad. Tal es el trato propuesto por el rey Jacobo II á sus leales súbditos ingleses: duque, teneis en vuestro poder al hombre que buscábais; os intimo pues que satisfagais la deuda de vuestro señor... y la mia.

*Duque.* Mac-Donnell, manda abonar tres mil guineas á ese hombre, y que se le permita retirarse.

*Ric.* ¡Ah! ¡mi hermano se ha salvado! Ana, tú lo sabrás todo, y viviré al menos en tu memoria. (*Caleb, conducido por Mac-Donnell, pasa al lado de Ricardo, al cual coge furtivamente la mano y se la besa llorando.*)

*Ric.* (*A Caleb, bajo.*) Animo, buen Caleb; el último esfuerzo. (*Óyese ruido dentro, y la voz de Carlos. Caleb y Mac-Donnell se detienen.*)

*Car.* (*Dentro.*) ¡Entraré! os digo que entraré. (*Carlos sale forcejando con tres ó cuatro lacayos.*)

## ESCENA VIII.

DICHOS. CARLOS.

*Car.* Dejadme, dejadme... quiero hablar al ministro.

*Ric.* (*En voz baja.*) ¡Mi hermano!

*Duque.* ¿Qué quiere este jóven?

*Car.* ¡Justicia, milord, justicia!

*Duque.* Calmaos, y esplicaos.

*Car.* Milord, soy el yerno y asociado de Jorge Butler, una de las víctimas de la bancarrota de Sydenham. He corrido hasta Douvres en busca del miserable, pero he llegado tarde: ¡acababa de escaparse á Francia! De regreso en Londres he sabido que ha dejado valores considerables en manos de un socio, de un cómplice suyo, y vengo á suplicaros... ¡Cielos! mi hermano.

*Duque.* ¡Vuestro hermano...!

*Car.* ¿Qué vienes tú á hacer con el ministro?

*Ric.* Vengo como tú á hablarle de... Pero acaba.

*Car.* Pues bien, el cómplice de Sydenham es sir Nevil, y vengo á pedir os un mandamiento de prision contra él.

*Duque.* No puedo; sir Nevil es miembro del parlamento.

*Car.* ¡Ah! eso es lo que me habian dicho. Pero considerad, milord, que la quiebra de Sydenham arruina y deshonra á veinte familias honradas. Ha dejado una gran parte de sus riquezas en manos de un encubridor... ¿por qué no he de llamar á ese hombre como merece...? ¿y esas veinte familias desesperadas no han de poder siquiera recurrir contra él...? Yo no soy mas que un pobre comerciante, no tengo instruccion ni elocuencia; pero creo que eso produciria muy mal efecto en el pueblo... Ven aqui tú, hermano mio, ayúdame tú que sabes espresarte... Haz entender á milord que sir Nevil debe restituir lo que no es suyo, y que sería un crimen protegerle.

*Duque.* Dejad á vuestro hermano que se ocupe de sus asuntos propios: la acusacion que sobre él pesa es harto grave para dejarle tiempo de pensar en otra cosa.

*Car.* ¿Qué oigo?

*Ric.* Milord, en nombre del cielo os ruego que calleis.

*Car.* Milord, en nombre de la justicia, tened la bondad de esplicaros.

*Duque.* La verdad no debe ocultarse: vuestro hermano es el autor de ese folleto calumnioso que acusa al rey de los delitos mas execrables y escita el pueblo á la insurreccion.

*Car.* ¡Calumnia atroz! ¿Qué pruebas hay contra él? ¿quién ha osado acusarle?

*Duque.* Él mismo se confiesa reo, y aqui teneis á su acusador.

*Car.* ¡Caleb!

*Ric.* (Para sí.) Todo se ha perdido.

*Car.* ¿Cómo, Caleb, eres tú el que ha denunciado á mi hermano, al hermano de un hombre que es tu amigo hace doce años? ¿qué te ha hecho él? ¿qué te he hecho yo? ¡Oh! pero soy un loco en creerlos, en sospechar de tí siquiera un momento. Di que te calumnian, pobre anciano; que tú eres incapaz... Me estrechas la mano... lloras... Sí, te comprendo; ¡estoy tan seguro de tu lealtad como de la mía...! Y vos, milord, mirad esos cabellos blancos, sorprended esas lágrimas que en vano quiere ocultaros, ¡y atreveos á decir aun que es un delator!

*Duque.* ¿Y quién me ha entregado á vuestro hermano sino él? ¿Sabía yo que tal hombre existía siquiera?

*Ric.* ¡Oh! hermano, yo te lo revelaré todo. Pero calla, calla.

*Car.* ¿Que me calle! Bien está; consiento en ello, pero con una condicion, y es que tú vas á hablar, tú, Caleb, porque este es el momento de que te justifiques... ¡Nada...! ¿Luego eres de veras un infame?

*Duque.* (*A Mac-Donnell.*) Llevaos á ese hombre, y entregadle las tres mil guineas.

*Caleb.* ¡Oh! ya no puedo mas; no, no tomaré ese dinero de maldicion: Dios es testigo de que ni un óbolo hubiera guardado para mí, pero no importa; el dinero de Judas abrasa la mano que le toca, y no quiero que pase por mis manos. Perdonadme, Ricardo, si falto á la promesa que os he hecho... la verdad, cumplirla por mas tiempo es superior á mis fuerzas... ¡y una mentira es siempre reprehensible, aun cuando con ella se salve á un hombre de bien...! Milord, querido Carlos, ¡hé aqui la verdad, tal cual se la diría á Dios si en este momento me llamase á su presencia! Supimos que vos habiais vuelto de Douvres sin hallar á Sydenham: todo nos faltaba á la vez. Ni un amigo, ni el menor recurso... Era preciso absolutamente declararse en quiebra, y esto para mi amo Butler era peor que la muerte... Yo no sé lo que me ha dicho vuestro hermano, pero sus palabras han exaltado mi pobre cabeza... y he venido á acusarle, á delatarle... Mas es inocente del crimen que le he imputado... y si se ha declarado culpable, es que para salvar al señor Butler era preciso que él hiciese el sacrificio de su vida, como yo, insensato, habia hecho el de su honor.



*Car.* Caleb, hermano mio... ¡Ah! ¡cuán crueles sois! ¡no sé si deba reprenderos ó abrazaros...!

*Caleb.* (En voz baja al duque.) Milord, os he reconocido. Vos sabéis si soy un criado fiel. ¿Dudareis que os he dicho la verdad?

*Mac.* Pero si Ricardo no es el autor del libelo, ¿cómo se hallaba en su poder la imprenta que hemos descubierto en su casa, y el manuscrito original de la obra?

*Ric.* (Al duque.) Igual pregunta iba á hacerlos.

*Car.* ¿Qué, aun ahora que se ha descubierto tu objeto persistes...?

*Ric.* Milord, las esplicaciones de este anciano no destruyen en nada las mias, y no cambian por lo tanto mi posicion.

*Duque.* Está bien, yo meditaré sobre ello. Mac-Donnell, creo sereis como yo de opinion de que el interes de la justicia exige que yo hable á solas con el acusado.

*Car.* ¡Acusado! ya no lo es. ¿No acabais de oir que se retira la acusacion?

*Mac.* De veras, ¿eh? vos creéis que las cosas se arreglan con esa facilidad. Vamos, vamos, amiguito, y vos, buen hombre, retirémonos.

*Car.* Pero, milord...

*Duque.* Este interrogatorio no puede agrabar la situacion de vuestro hermano. Sereis dueño de verle dentro de poco. (Vanse Carlos, Mac-Donnell y Caleb.)

## ESCENA IX.

EL DUQUE. RICARDO.

*Duque.* (Con rapidez.) Ahora que estamos solos, podemos hablar con franqueza. Yo no he dudado un momento de vuestra inocencia. Ese libelo no es vuestro.

*Ric.* ¿Quién es pues el autor, si no soy yo?

*Duque.* Es, si no lo habeis á mal, el primer poeta de Inglaterra, el doctor Juan Milton.

*Ric.* ¿Vos le conoceis?

*Duque.* Sí; pero él no me conoce á mi.

*Ric.* Y le dejais morir de miseria. ¡Ah! ¡milord!

*Duque.* ¿Quereis que le salvase de ella para llevarle á morir en un cadalso?

*Ric.* Ana, Carlos, todo se conjura para que no pueda salvaros.

*Duque.* Joven, ¿conoceis toda la gravedad del delito que os habeis imputado? ¿Sabeis que jugais la vida?

*Ric.* ¿Que si lo sabia? precisamente es por eso por lo que la he jugado. Mi vida es inútil á los míos y odiosa para mí. Me contemplaba harto feliz, por lo tanto, en morir salvando á mi hermano. ¡Tres mil guineas por mi existencia! Ayer siu ir mas lejos quise librarme de ella por nada.

*Duque.* Admiro vuestro heroico sacrificio, y os juzgo hombre de gran valor. Ibais á arriesgar vuestros dias por salvar de una quiebra á vuestro hermano; ¿quereis esponerlos con grandes probabilidades de salvacion por una causa justa y nacional? Esta cartera contiene una cantidad triple de la que vuestra familia necesita: si admitís, es vuestra.

*Ric.* Milord, ¿me habeis creído capaz de un crimen?

*Duque.* No; pero el que queria subir al cadalso como autor de ese libelo, no dudo que tendrá valor suficiente para ir á él bajo el nombre y el traje del duque de Monmouth.

*Ric.* ¿Qué oigo? ¿Seriais vos partidario del duque?

*Duque.* Yo he sido colmado de beneficios por el rey su padre, y he jurado salvarle la vida. Hoy mismo se intentará su evasion; pero no debo ocultaros que el proyecto ofrece grandes dificultades. El rey, que desea la muerte de su sobrino, desconfía de mí y me vigila; por consiguiente, á pesar de mis esfuerzos, á pesar de los del teniente de la torre, es muy posible que el plan de evasion se frustre... Entonces será preciso que el príncipe sucumba, á no ser que hallemos un hombre decidido y fiel que se deje poner el fúnebre manto sobre los hombros y la venda fatal en los ojos; que calle ante el bacha del verdugo; que espire en fin sin revelar una palabra! ¿Quereis correr ese riesgo? Es tal vez una muerte cierta; pero si el duque logra evadirse haceis vuestra fortuna.

*Ric.* El duque de Monmouth es un noble príncipe, sinceramente adicto á su país... Consiento en morir en su lugar.

*Duque.* ¿Vuestra mano?

*Ric.* Héla aquí; y os juro...

*Duque.* ¡Tened! No necesito vuestro juramento. Id á salvar á vuestra familia.

*Ric.* (Cogiendo la cartera.) ¡A salvarlos!

*Duque.* ¿Pero esta noche, á las ocho, en mi casa?

*Ric.* No faltaré, milord, no faltaré.

### FIN DEL ACTO TERCERO

---

# Acto cuarto.

---

*La decoracion del acto segundo.*

## ESCENA PRIMERA.

CALEB *en la escena, viendo salir á RICARDO por la puerta del foro.*

*Caleb.* ¡Ah! ¡Vos aqui! ¡No me atrevia á esperar que os volveria á ver tan pronto!

*Ric.* ¿Dónde está mi hermano?

*Caleb.* Al salir de ese palacio, de donde hemos sido espulsados, yo como un impostor y vuestro hermano como demente, se dirigió hácia casa de mi amo Butler, y yo me encaminé aqui. Creíamos que vuestra madre tendria necesidad de nuestros auxilios, pero al llegar he sabido que se halla ausente desde hace algunas horas.

*Ric.* ¿Dónde ha ido?

*Caleb.* Lo ignoro... mi cabeza se halla en un estado que ni aun se me ha ocurrido averiguarlo... ¡Ah! señor Ricardo, ¿qué es lo que habeis exigido de mí? ¡Si hubiéseis oido los cargos que me ha hecho vuestro hermano! Afortunadamente que mi embuste no traerá malas consecuencias; Dios me ha inspirado retractarme á tiempo, y ya estais aqui libre y salvo.

*Ric.* Sí, mi buen Caleb, estoy tranquilo sobre mi porvenir.

*Caleb.* ¡Con qué acento me decís eso! ¡Estais muy pálido!

*Ric.* No tengo nada.

*Caleb.* ¿Me permitís que vaya á buscar á vuestro hermano? convinimos en que el primero que tuviese buenas noticias iria á dárselas al otro.

*Ric.* ¿Buena noticia llamas á mi libertad? En el estado á



que han llegado los asuntos del señor Butler y de mi hermano, mi vida ó mi muerte es lo que menos debe interesarles.

*Caleb.* ¡Ah! ¡qué decís...!

*Ric.* Hé aquí lo que les procurará mayor satisfacción.

*Caleb.* ¿Qué veo? ¿tres billetes de banco de mil guineas!

*Ric.* Despáchate á llevarles esa cantidad, y de camino haz correr por el banco la voz de que la casa Butler va á satisfacer sus pagos con un día de adelanto, para desvanecer los falsos rumores que acerca de ella han circulado. Verás, de aquí á dos horas, renacer de ese modo la esperanza, acudir presurosos los obreros y poner en las nubes á ese mismo Butler que hace poco querían arrojar al Támesis. ¡Oh! el oro es Dios; hace prodigios, y se le sacrifican hombres.

*Caleb.* ¿Pero cómo ha venido á vuestras manos esa cantidad? ¿Acaso vuestra libertad no es mas que una falsa apariencia, y continuáis aun bajo el peso de mi acusación? ¿son quizás estas tres mil guineas el premio del delator?

*Ric.* Pobre Caleb, estás loco; ¿te parece que si me viese aun acusado estaria aquí? Vé á decir á tu amo que esta cantidad es un préstamo del ministro, que desea favorecer á un buen ciudadano; vé á decirle que le otorga el plazo que quiera para el reintegro. ¿Qué es eso? Tan poca alegría te causa un acontecimiento que salva el honor de tu señor y que asegura la dicha de mi hermano?

*Caleb.* Vamos, vamos, ya me marchó; pero, ¿por qué no venís vos?

*Ric.* No me es posible. Tengo que aguardar á mi madre: despacha, ese dinero les va á dar la vida.

*Caleb.* Sí, sí, voy corriendo. — (*Vuelve á mirar los billetes, y se los mete en el bolsillo.*) ¡No le daba yo tanta honradez al ministro! este rasgo me reconcilia con él. (*Vase.*)

## ESCENA II.

RICARDO, solo.

¿Qué papel es este? ¡Ah! unos renglones escritos por mi madre... “Ricardo, no estés inquieto por mi ausen-

cia. ¡Tengo que darte una gran noticia! Acabo de ver á Clinton, el asesino de tu padre; y corro á pedirle cuenta de su impostura y de sus crímenes.” ¡Qué es lo que leo! ¡ha vuelto á ver á ese miserable...! — ¡Deberé dar crédito á este escrito...? ¡Qué puede importarme ya, aunque sea cierto! (*Levántase, pasea algunos instantes muy agitado y vuelve á sentarse.*) ¡Desventurado Milton! no he podido serle útil. Al pasar hace poco por delante de su puerta oí rumor de voces en la estancia, entré, y á la primer ojeada conocí que Dios le habia enviado el angel que pone término á los sufrimientos. Un oficial de la policía urbana estaba preguntando el nombre del difunto: “Juan Milton, le contesté yo acercándome.” — Milton, repitió el oficial con el acento de una persona para quien aquel nombre no decia nada; ¿y quién era ese Milton? ¿algun comerciante arruinado? ¿algun artesano sin colocacion? (*Riyéndose con amargura.*) ¡Ah! ¡pasion de la gloria, deseo ardiente de crearse un nombre, bien veo ahora, que no sois mas que locos ensueños, fantásticas quimeras! Restábame no obstante la halagüeña esperanza del amor: ¿quién no ha soñado con ser amado? pero esa grata esperanza es fuerza que desaparezca como todo lo restante; ¡la muger de mi eleccion no me ama ni me amará nunca! Muere pues, desdichado; muere sin quejarte, pues la vida no tiene ya nada que te aliente; muere gozoso, pues con tu muerte salvas á los tuyos.

### ESCENA III.

RICARDO. ANA. CARLOS.

(*Carlos, despues de indicar á Ana dónde está su hermano, se detiene en el foro.*)

*Ana.* ¡Oh mi salvador! ¡Oh el mas generoso de los hombres! (*Arrójase á sus pies.*)

*Ric.* Mis, ¿qué haceis?

*Ana.* ¡Dejad que me prosterne ante el que ha salvado la honra y la vida de mi padre! Vos habeis sido nuestro angel tutelar: de rodillas es como debo daros las gracias.

*Ric.* Mis, me avergonzais; Caleb debe haberos dicho

que ese dinero os ha sido prestado por el ministro; él tan solo es por lo tanto acreedor á vuestra gratitud.

*Ana.* ¿Y quién sino vuestro heróico sacrificio le ha interesado en nuestra desgracia? Por ganar esas tres mil guineas, cuya pérdida iba á ocasionar la quiebra de nuestra casa, ¿habeis hecho recaer sobre vos una acusacion terrible, estabais decidido á morir...! ¿Qué valen al lado de eso los beneficios del ministro? ¿Él no nos da mas que su oro, y vos nos dabais vuestra sangre...! ¡Ah! cuando vuestro hermano nos lo ha revelado, cuando nos ha dado á entender que vuestro generoso fraude podia llevaros al cadalso... una nube ha ofuscado mi vista; he conocido que no hubiera tenido valor para sobreviviros...

*Ric.* ¡Mis Ana!

*Ana.* Perdonadme, Ricardo; la emocion me hace desvariar; no sé lo que me digo.

*Ric.* ¡Llorais...!

*Ana.* Me llevaréis á ver al ministro; quiero darle las gracias tambien... ¡y si he de decíroslo todo, cerciorarme de que esas tres mil guineas no han de costaros nada! Porque estais de veras libre, ¿no es verdad?

*Ric.* Mañana, pasado mañana, si gustais, iremos á ver al ministro; pero vuestro padre ha alcanzado un favor que á ningun otro quiere dispensar. ¿Comprenderéis por lo tanto que es preciso guardar el secreto?

*Ana.* Sí, sí... ¡Oh! ¿por qué medio os probaria yo mi agradecimiento?

*Ric.* El medio es bien sencillo. Sed dichosa con mi hermano. Vuestra felicidad será mi mayor recompensa.

*Car.* (*Acercándose.*) Ya lo oís, Ana, es absolutamente preciso que nuestro enlace os haga dichosa; tal es la voluntad de mi hermano, y mas que nunca le asiste ahora el derecho de imponérsela. Asi pues, si vos no me amais, si amais á otro, sobre todo, el deber vuestro será revelármelo... ¡y el mio renunciar á vos!

*Ric.* Carlos, qué lenguaje...

*Car.* ¡Ah! es que tú no la conoces; tú no sabes hasta dónde puede llevarla la ciega obediencia filial. Su padre le ha dicho: Carlos será tu esposo; y esto es bastante para ella. Moriria á una palabra suya, como tú querias morir por salvarnos. Deslumbrado por mi amor, yo no veía cuánto la costaba su obediencia; pero felizmente el cie-

lo me ha iluminado. Hace poco, estando yo refiriendo al honrado Butler lo que tú habias hecho por mí y por él, abandonáronla sus fuerzas, como ella misma acababa de decirte, y habiendo acudido su padre á socorrerla, halló sobre ella una carta...

*Ana.* (*Buscándola sobre sí.*) ¡Gran Dios!

*Car.* (*Continuando.*) Dirigida á Mis Douglas, su maestra, su segunda madre...

*Ana.* ¡Oh! ¡callad, callad!

*Car.* ¿Y sabes lo que contenia la carta...? La confesion de un amor que no puede vencer, y cuyo objeto es otro hombre que su prometido.

*Ana.* ¡Por piedad, Carlos!

*Car.* ¡Piedad! ¿de qué me pedís piedad? ¿qué yerro tengo yo que perdonaros...? Vedlo... la voz me falta al hablaros... ¡mis ojos se arrasan de lágrimas! Mucho sufro en este momento; pero conozco que no tengo ningún cargo que haceros... sino es tal vez el de no haber mostrado mayor confianza en mí... Bien sé que yo no era digno de vuestro amor; mas soy por lo menos digno de vuestra amistad; y la prueba... la prueba es que al saber vuestro secreto he sentido aqui, en mi corazon, aun mas júbilo que pesar... Yo voy á perderos, es verdad, una verdad dolorosa; pero voy tambien á desquitarme con mi hermano de ese modo...

*Ric.* ¿Qué dices? sería yo acaso... Ana, Carlos... ¡Oh! es un sueño lo que por mí pasa.

*Car.* Es la realidad, hermano. Sí, tú eres á quien ama... lo declara en su carta... contigo es con quien debe unirse.

*Ric.* ¡Yo amado de ella! ¡Ah! hé aqui uno de esos instantes que indemnizan de un siglo de sufrimientos. ¡Amado!

*Ana.* Dejadme... ambos á dos sois los amigos, los salvadores de mi padre... ambos sois igualmente acreedores á mi afecto, á mi gratitud. No me es lícito interrogar á mi corazon, ni elegir entre vosotros. ¡Yo hacer dichoso al uno, á espensas del otro...! ¡Jamás! ¡jamás! (*Vase.*)



RICARDO. CARLOS.

*Car.* ¡Ana...! huye de nosotros... pero no debes dudar de tu dicha.

*Ric.* ¡Mi dicha! ¡Oh! ¡calla! ¡calla! ¡tú me haces volver en mí!

*Car.* Trocáronse nuestros mútuos deberes. Yo debia permanecer soltero hasta el dia en que tú vinieses á decirme: hermano mio, puedes unirte á Ana; ya solo siento hácia ella el cariño de mi hermano. A tí te corresponde ahora aguardar esta declaracion, á mi el hacértela.

*Ric.* Y aun cuando yo fuese amado de Ana, aun cuando tú me cedieses todos tus derechos sobre ella, aun cuando su padre consintiese en nuestro enlace, ¿es por ventura todo eso razon para que se efectúe? ¡Ah! ¡jamás se ha burlado de mí el destino tan cruelmente como en el dia. ¡Muéstraseme risueña por primera vez la vida; el amor me hace soñar con la gloria; toco al término de mis dorados sueños! ¡y me es forzoso caer en un abismo! ¡Ah! no hay duda, yo fui maldito al nacer.

*Car.* Tus palabras me aterran. Desventurado, ese préstamo de las tres mil guineas encierra un secreto que no comprendo, pero que debe comprometer tu libertad, tu vida tal vez... Sí, ese es el motivo de tu desesperacion.

*Ric.* ¡Qué locura!

*Car.* Mac-Donnell tenia razon: ¿cómo se hallaban en tu poder esos opúsculos, esa imprenta?

*Ric.* Porque el autor del libelo era mi vecino; el doctor Juan Milton.

*Car.* ¡Milton!

*Ric.* Que ha muerto esta mañana.

*Car.* ¿Entonces de qué proviene la turbacion en que te veo? ¿Qué te impide unirte á Ana?

*Ric.* No me preguntes mas sobre ese asunto. Te digo que ese enlace es imposible: mañana sobrás por qué.

*Car.* ¡Ah! ¿es eso todo lo que me contestas? Pues bien, yo te haré ver que soy tan obstinado como tú. Nunca he querido á Ana tanto como ahora; pero una vez que tú querias sacrificarme tu vida, lo de menos es que

yo te sacrifique mi amor. A Dios, Ricardo; dentro de poco tendrás noticias mías.

*Ric.* Carlos, detente; ¿qué intentas hacer?

*Car.* ¡A Dios...! ¡A Dios!

*(Vase corriendo. Ábrese á este tiempo un balcon, y el duque de Montmouth se precipita en la escena.)*

## ESCENA V.

RICARDO. EL DUQUE DE MONMOUTH.

*Mon.* Quien quiera que seais, ocultadme; dadme un asilo.

*Ric.* ¿Quién os persigue?

*Mon.* ¿No oís ruido de voces en la calle?

*Ric.* No.

*Mon.* Habrán perdido mis huellas... Aun me quedan algunos minutos. ¿Qué haré? Es tal el desorden de mis ideas... ¡Ah! el aviso... volvámosle á leer... "Si la tentativa de evasión no se malogra, corred al muelle de la Reina. Frente por frente del número 54 os aguarda una barca que os conducirá á bordo de un buque holandés surto en las aguas del Támesis." ¿Hay mucha distancia de aqui al muelle de la Reina?

*Ric.* Hay poco mas de un cuarto de hora de camino.

*Mon.* Esta bolsita es vuestra, si quereis guiarme hasta alli.

*Ric.* ¡Otra vez! ¡Ah! metal odioso, ahora que no te necesito, sales á mi encuentro por todas partes.

*Mon.* ¡En nombre del cielo, guiadme al muelle de la Reina, y hareis una buena accion! Aunque me veis perseguido, no soy malhechor. Acabo de escaparme... de la carcel por deudas. Pero mi evasión ha sido descubierta al tiempo de efectuarla... Al oír la voz del centinela que daba el aviso, me he metido por la primer callejuela que he encontrado al paso, y de alli en un portal sombrío. Este barrio me es desconocido. Guiadme por piedad. Me va en ello la vida.

*Ric.* ¡Ah! ¿estábais en la carcel por deudas...? ¿Por haber hecho bancarrota probablemente? Uno de vuestros iguales me ha puesto en la situacion en que me hallo; no puedo interesarme en nada de lo que os pasa.

*Mon.* Indicadme al menos por dónde debo marcharme.  
*(Rumor dentro.)* Ya es tarde, me habrán visto entrar aqui.

*Clara. (Dentro.)* ; Dejadme, dejadme!

*Ric. (Corriendo á buscarla.)* ; Es la voz de mi madre!

*Mon. (Solo.)* No veo ninguna salida... Aguardemos mi suerte.

## ESCENA VI.

EL DUQUE DE MONMOUTH. RICARDO. CLARA.

*Clara. (Que sale desatentada.)* Dejadme... ; Ricardo, no te apartes de mí! Ya ves que quieren matarme.

*Ric.* Tranquilizaos, madre mía. Los que os insultaban eran unos cobardes... Mi presencia ha bastado para dispersarlos.

*Clara.* ;La loca! decian persiguéndome: ;es la loca...! (*Se rie con amargura.*)

*Ric.* ; A qué salir sola y esponeros á esos insultos...?

*Clara.* ; A qué? ; á qué? ; Luego no has leído mi carta...? (*Da algunos pasos hácia la mesa, y se encuentra cara á cara con el duque de Monmouth, á quien reconoce.*) ; Ah!

*Ric.* Madre mía: gran Dios, ; qué hay?

*Clara.* ; Qué hay...? Hay, que el hombre que me ha sumido en un abismo de miseria y oprobio, que á favor de un breve infernal me sacó de la casa de mi marido; que despues, causado de mis remordimientos, me hizo echar de Inglaterra como una muger perdida, abandonando á la pública piedad el fruto de su crimen y del mio... Ricardo, no me preguntes ya dónde esta el asesino de tu padre... ; ahí le tienes...!

*Ric.* ; Será posible?

*Clara.* Levanta los ojos hácia mí, Clinton ; quince años de desgracias han cambiado cruelmente á tu víctima; ;atrévete á decir sin embargo que no me reconoces...!

*Mon.* ; Os reconozco, señora, y Dios es sin duda el que me ha traído aqui: sé hasta qué punto fuí criminal; pero son hartas las culpas reales de que tengo que acusarme con vos, para dejarme imputar ademas un crimen que no he cometido! Ninguna parte he tenido en la resolucion que os espulsó de Inglaterra... Mas, aun la ignoraba hasta ahora... Tal es la verdad, os lo juro... y en el caso en que me hallo ya no es posible mentir... En cuanto á las desgracias que os he acar-

reado, son mucho menores tal vez que en la que yo me encuentro, y no es imposible repararlas.

*Ric.* ¿Repararlos? ¿y cómo? ¿Con dinero, no es verdad? ¡Hé ahí el gran recurso á que siempre apelais vosotros los hombres afortunados! Para vosotros, el oro así satisface todos los insultos, como encubre todas las infamias; pero entre nosotros no es lo mismo. Enrique Clinton, tú has derramado la sangre del que medió la vida; una sola cosa tengo que pedirte en reparacion de ese agravio: ¡sangre! Aquí tienes la espada que sirvió á mi padre en aquel duelo funesto; ¡en guardia! ¡Veamos si yo soy mas afortunado que él!

*Clara.* ¡Ricardo, Ricardo...!

*Ric.* Retiraos, madre mia: el juicio de Dios va á fallar entre nosotros. Dejadme vengar á mi padre. ¡Su sombra ensangrentada cesará de perseguiros...!

*Clara.* ¡Sufrir que tú te batas con él! ¡ante mis ojos! ¡Ah! ¡horriblé duelo! ¡Tendria el mismo fin que el otro, y tú, tambien tú, me maldecirias al exhalar el último suspiro...! ¡No, nunca...! ¡Favor! ¡Socorro!

*Ric.* ¡Silencio!

*Clara.* (*Desde la ventana.*) ¡Socorro! ¡socorro!

*Mon.* Dejadla llamar; á sus gritos no tardarán en subir; seré preso y sentenciado: ¿qué mejor venganza podierais desear?

*Ric.* ¡Eh! Callad. ¿No he dicho ya que lo que quiero es tu vida?

*Mon.* Pues bien, mi vida tendreis; el cadalso me espera. Soy el duque de Monmouth.

*Ric.* ¡Vos! (*Pausa.*)

*Mon.* ¿Querreis ahora vos, jóven y rico de porvenir y de gloria, arriesgar vuestra existencia contra la mia cuando solo tengo algunas horas que vivir?

*Ric.* ¡Vos sois el duque de Monmouth...! En efecto... el ministro...; Oh! no, no, un duelo entre nosotros es ahora imposible... Pero no por la causa que vos suponéis... Padre mio, tú sabes mi juramento; no tengo ya derecho para vengarte.—Al muelle de la Reina, milord; partamos.

*Clara.* (*Colocándose delante de la puerta.*) ¡No esperéis salir de aquí!

*Ric.* Madre mia, en nombre del cielo...



*Clara.* ¿ Creéis que me engañais? ; Quereis salir juntos para batiros fuera, y yo os digo que antes de traspasar esa puerta habeis de pasar sobre mi cadáver...! ; Ah! mirad, mirad, han oido mis gritos y vienen á socorrerme... ; Gracias, Dios mio, gracias! Enrique Clinton, ó duque de Monmouth, quien quiera que seas, la presa se escapa de tus manos; ; no asesinarás á mi hijo...!

*Mon.* Todo se ha perdido; á la puerta se agolpan soldados y gentes de todas clases...

*Ric. (Dándose en la frente.)* ; Oh! yo tengo un medio de sustraeros á sus pesquisas... Ahí se oculta un cuarto, cuyo secreto resorte ignoran... ; pero vos no direis nada, no es verdad, madre mia? Vamos, venid, sentaos ahí al lado de vuestro toruo... dominad vuestra agitacion. ; Mostradles vuestro rostro impávido, una mirada impenetrable...! Este hombre que está aqui no es ya mi enemigo ni el vuestro; es un proscripto que Dios nos envia y se trata de salvarle.

*Clara.* ¿ Y qué uso hará de su libertad? ; Te matará, no es esto? ; Dices que le persiguen? mejor: asi le prenderán; asi no podreis batiros.

*Ric.* Su vida es para mí sagrada, madre mia; ya no podemos batiros, os lo juro por el nombre de mi padre. ; Quereis os diga aun mas? Sabed que per un misterioso decreto de la Providencia, la existencia de este hombre está de tal modo enlazada á la mia, que si le entregais á sus verdugos, es como si vos misma entregáseis á vuestro propio hijo... No puedo esplicároslo mas, pero es asi; si él muere, perezco yo. ; Quereis matarme vos, madre mia...?

*Clara. (Próxima á ceder.)* Ricardo...

*Ric.* ; Oh! ; ya estan aqui! ; desventurados de nosotros!

*Clara.* Escóndele pronto; yo me callaré. (*Ricardo exhala un grito de alegría, besa la mano á su madre, abre la puertecilla secreta y hace entrar por ella á Monmouth; en seguida va á sentarse á la mesa. Clara se coloca delante de la mesa y coge una Biblia, que ojea maquinalmente. Todos estos movimientos deben hacerse con suma rapidez.*)

## ESCENA VII.

EL DUQUE DE SUTHERLAND. MAC-DONNELL. CLARA. RICARDO  
AGENTES. SOLDADOS. *Al final* EL DUQUE DE MONMOUTH.

*Mac. (Al duque al salir.)* Sí, milord, las voces que pedian socorro, y que os han llamado la atencion, han salido, á no dudar, de este cuarto. En lo restante de la casa no hemos hallado nada que infundiese sospechas, pero aqui tal vez...

*Ric.* ¿Señores, qué es lo que os trae á mi casa?

*Mac. (Aparte.)* ¡Aqui está Ricardo Sidney! ¡Atencion!

*Duque.* Un preso de la mayor importancia se ha evadido de la torre, y á lo que dicen ha encontrado un refugio en esta casa: la ley nos autoriza á continuar las pesquisas en vuestra habitacion. ¿Habeis visto entrar á alguno?

*Ric.* A nadie.

*Duque. (A Clara.)* ¿Y vos, señora?

*Clara.* A nadie.

*Mac.* Hace poco hemos oido gritos... pidiendo socorro...

*Ric.* No sé... estaba trabajando...

*Mac.* Y si se ha de juzgar por la entonacion de la voz, la persona que daba los gritos parecia como sobrecogida, asustada...

*Ric.* ¿Asustada de qué?

*Mac.* De ver entrar en su casa á un desconocido... al preso.  
(*Clara canta.*)

*Ric.* Señores, os suplico que abrevieis la visita... Mi pobre madre...

*Duque. (A Mac-Donnell.)* Esa puerta...

*Mac. (Mirando.)* Es un gabinete sin salida.

*Duque.* ¿Y esta?

*Mac.* Es un cuarto; éntremos.

*Duque. (Bajo á Ricardo.)* ¿Está aqui?

*Ric.* Sí.

*Duque.* ¡Ah!

*Mac. (Volviendo á salir.)* No hay nada.

*Duque.* Es preciso registrar sin tardanza las casas inmediatas, una vez que no está aqui.

*Mac. (Mirando á Ricardo y á su madre.)* Permitidme, milord, yo no me desanimo tan facilmente. (*Va á Clara.*) ¡Clara Derby!

*Clara. (Estremeciéndose.)* ¡Cielos!

*Mac.* ¿Me conocéis?

*Clara.* No...

*Mac.* Pues nos hemos visto sin embargo en una circunstancia que no se os ha borrado de la memoria: ¡el día de la muerte de vuestro marido!

*Clara.* ¡Dios mío!

*Ric.* ¿Qué la está diciendo ese hombre?

*Mac.* Yo acudí al ruido de los aceros, pero llegué tarde. Sidney estaba espirando, y el matador se había fugado. Quince años ha burlado la justicia divina y humana, pero su hora ha llegado ya. Está aquí, oculto en algún sitio; decídmelo dónde se esconde.

*Clara.* Yo no le he visto; no sé lo que queréis decir.

*Ric.* ¿Pero, milord, tiene á caso derecho ese hombre para atormentar así á mi madre?

*Mac.* Joven, va en ello la salvacion del Estado; ¡silencio! (*El duque contiene á Ricardo.*) ¿Qué veo! ¿intentáis sustraerle del castigo que merece? ¿Luego vos queréis pasar por cómplice de todos sus crímenes? ¿No teméis ya la sombra amenazadora de vuestro marido?

*Clara.* ¡Callad! ¡Callad!

*Mac.* Se levantará de la tumba para pedirnos venganza... ¿Qué digo? desde este momento la reclama; su voz es la que os grita al oído: "Clara, has faltado á los deberes de esposa; Dios te castigará como madre. ¡Culpable de la muerte de tu marido, lo serás también de la desgracia de tus hijos! ¡Malditos ellos sean como tú fuiste maldita!"

*Clara.* (*Levantándose fuera de sí.*) ¡Perdon, Sidney, perdón! ¡Oh! ¡ocúltame esa mortal herida...! ¡No fijes en mí esa mirada irritada...! ¿Veinte años de lágrimas y remordimientos no son acaso bastante espacion? ¡Necesitas sangre, dices, la sangre de tu asesino? Tómala y déjame... ¡Ahí está... ahí! (*Arrástrase hasta la puerta secreta, toca el resorte y cae desmayada. La puerta se abre, y aparece en ella el duque de Monmouth, al mismo tiempo que Carlos sale por el foro.*)

*Todos, menos Carlos y Ricardo.* ¡El duque de Monmouth!

*Car.* ¡Mi madre, gran Dios! ¿qué significa...?

*Mon.* (*Mirándole.*) ¡Su madre...!

*Duque.* Marchemos, milord. (*Dan las ocho.*)

*Ric.* ¡Las ocho...! Señor duque, vuestro soy. (*Vanse el duque de Monmouth, el de Sultherland, Ricardo, Mac-Donnell y soldados.*)

ESCENA VIII.

CLARA, *desmayada*. CARLOS. CALEB.

*Car.* (*A los pies de su madre.*) ¡Madre mia...! ¡madre mia!

*Caleb.* (*Saliendo.*) ¡Ah! señor, ¿qué es lo que pasa? La casa llena de soldados; se llevan á vuestro hermano.

*Car.* A mi hermano... es verdad... ya no está aquí.

*Caleb.* Y á un noble con él...

*Car.* Sí, al duque de Monmouth.

*Caleb.* ¡Al duque!

*Car.* Aguarda... Ya vuelve en sí.

*Clara.* Nada... nada ya... La voz que me aterraba ha cesado... la sombra que evocaba se ha desvanecido...

¡Era un sueño...! Este cuarto... ¡Ah! ¡me acuerdo de todo...! Carlos, eres tú, pobre hijo mio... Pero aparta, déjame... ¡Debo causarte horror!

*Car.* ¡Vos, madre mia...!

*Clara.* Sí, sí por cierto. Ese hombre que estaba ahí, que yo he entregado á sus verdugos... ¿sabes quién es...? Es... es... ¡Oh! no, no lo diré. No quiero que me maldigas.

*Car.* ¡Infeliz madre! ¡Vuelva Dios la calma á su agitado espíritu!

*Clara.* Sí, es verdad. No sé lo que me digo. Soy una pobre loca... Tú tendrás juicio y razon por los dos. Vamos, ayúdame; ¿qué debemos hacer? El duque de Monmouth tendrá partidarios, amigos en el pueblo. ¡Sí, intentaremos sublevarle!

*Car.* ¡Sublevar al pueblo!

*Caleb.* Sería perderos. ¿Queréis dejarlo á mi cargo? Yo tengo un medio de penetrar en la torre. Esta noche daremos libertad al duque y á vuestro hermano

*Clara.* ¿Me lo prometes?

*Caleb.* Os lo juro.

*Clara.* A la torre entonces... Y nosotros, hijo mio, al palacio de San James. Voy á echarme á los pies del rey.

FIN DEL ACTO CUARTO.



---

---

# Acto quinto.

---

*En la torre de Londres. Un vestibulo. Verja al foro.*

## ESCENA PRIMERA.

CARLOS y CALEB, *que salen por una puerta secreta.* CALEB *trae una linterna sorda.*

*Car.* Por fin, estamos aqui.

*Caleb.* Mirad, Carlos, mirad. ¿Diria nadie que hay aqui una puerta? Cuidado con cerrarla; no podriamos volver á salir.

*Car.* Querido Caleb, si logramos salvar al duque de Mounmouth y á mi hermano, el uno te deberá la vida, y el otro la libertad. Lo difícil ahora es llegar hasta donde ellos estan. ¿Qué hora es la que acaba de dar?

*Caleb.* Las dos.

*Car.* La hora del suplicio es á las siete. Afortunadamente tenemos tiempo delante de nosotros. Empecemos por examinar dónde nos hallamos.

*Caleb.* En el gran vestibulo. La escalera principal de la torre está al otro lado de esa verja. No os acerqueis. En el último escalon hay centinelas.

*Car.* Hé aqui sin duda la puerta de un calabozo. ¿Cómo averiguaríamos si está en él alguno de nuestros presos?

*Caleb.* Aqui hay otra puerta abierta. ¡Cielos! ¡qué lobreguez!

*Car.* ¿Tienes miedo?

*Caleb.* ¿Yo? no. Tanto mas cuanto que la sala parece estar desierta.

*Car.* Voy á registrarla: Dame esa linterna. (*Éntrase en la*

*sala, y vuelve á salir á poco despues de haber exhalado un grito ahogado.)*

*Caleb.* ¡Dios mio! ¿qué es eso?

*Car.* Ahí en esa sala...

*Caleb.* ¿Qué?

*Car.* Hay tres grandes losas próximas unas á otras, y en la de en medio he visto un desgraciado...

*Caleb.* ¿Muerto?

*Car.* Muerto.

*Caleb.* ¿Le conocéis?

*Car.* Tiene el rostro cubierto con un velo negro, que no me he atrevido á alzar.

*Caleb.* Será sin duda la sala en que esponen los muertos antes de conducirlos á su último asilo.

*Car.* Ese espectáculo ha helado toda mi sangre. No importa, quiero saber...

*Caleb.* (*Deteniéndole.*) ¿A qué esponeros á tan violentas sensaciones? Ese desgraciado no puede ser el duque... y mucho menos vuestro hermano. ¡Ah! ya sospecho quién será. Ese pobre poeta, autor del famoso libelo, á quien tenían orden de prender muerto ó vivo, y cuyo cadáver habrán transportado á esta carcel.

*Car.* ¿Milton? ¡Ah! tienes razon. Dios tenga piedad de su alma; nosotros pensemos en los vivos. Es preciso separarnos, Caleb. Yo voy á ir en busca de nuestros presos; tú, vélvete á entrar en el subterráneo, y si dentro de una hora no te he dado noticia de mi paradero, vuelve con precaucion y averigua qué es lo que me detiene.

*Caleb.* Vamos, pues, y buen ánimo.

*Car.* Ya sabes el trabajo que nos ha costado impedir á Ana que nos acompañase. Procura verla, y dile que todo va bien. (*Caleb vuelve á entrar en el subterráneo.*)

*Car.* Ahora Dios me guiará... ¡Oigo pasos...! (*Métese detras de un pilar.*)

## ESCENA II.

RICARDO, *saliendo de su prision.* CARLOS.

*Ric.* (*Para sí.*) Pongamos en manos seguras este escrito que dirijo á Miss Butler, y en el cual he consignado mi voluntad suprema. Quiero que sea esposa de mi hermano. Su dicha me servirá de consuelo al morir.

*Car.* Ricardo.

*Ric.* Carlos.

*Car.* ¡Oh! ¡Dios es sin duda el que te envía!

*Ric.* ¿Qué vienes á hacer aquí, desgraciado?

*Car.* A salvarte. Marchemos.

*Ric.* ¿Adónde quieres llevarme?

*Car.* A un pasadizo secreto que comunica con nuestra casa; Caleb ha sido el que todo lo ha dispuesto. Resérvale á él tu gratitud y ven pronto. Aquí nos ahogamos. Debes tener necesidad de respirar aire puro.

*Ric.* ¡Noble y generoso amigo...! Pero yo he sido preso con el duque de Monmouth; no puedo marcharme sin él.

*Car.* Ven sin embargo; le salvaremos despues.

*Ric.* Es preciso salvarle antes.

*Car.* No comprendo tus escrúpulos en este momento. Vamos á ver, sé razonable. ¡Reflexiona en la zozobra de todos los que te quieren, en nuestra pobre madre, en Ana...! ¿No estás impaciente por verlas? ¿No sabes que ya está arreglado tu enlace, y que el padre de Ana consiente en ello?

*Ric.* ¿Es posible?

*Car.* ¡Ah! has hecho un movimiento de alegría. No es poca suerte, te creía petrificado.

*Ric.* Yo he sido preso por una causa muy ligera... Por haberme negado á descubrir á un hombre. Mi delito, si lo es, no puede acarrearle mas que dos ó tres meses de prision.

*Car.* A saber; en los tiempos en que vivimos...

*Ric.* Al paso que el duque de Monmouth... ¡Oh! para ese cada minuto es un siglo, y dentro de una hora tal vez no será ya tiempo de salvarle... Tambien él ha estado fuera de las garras de los esbirros... Nuestra madre le entregó en un momento de exaltacion, de locura... Nosotros somos pues los responsables ante Dios de esa catástrofe, y aunque fuese necesario derramar hasta la última gota de mi sangre por libertar al príncipe, no vacilaria un instante en sacrificarme por conseguirlo.

*Car.* Tus palabras me desesperan; ¿y qué hemos de hacer? Indícame al menos un medio de penetrar hasta donde está el duque; pero date prisa.

*Ric.* Escucha. Han abierto la puerta principal. Es señal de que ha llegado algun personage. ¡Ah! ¡si fuese el duque de Sutherland!

*Car.* Todo estaba perdido.

*Ric.* Todo se había salvado. Ocúltate en cualquier rincón de esta sala, y si es él, aguarda que esté solo, enteramente solo, y confíale tu proyecto de evasión.

*Car.* ¿Al primer ministro?

*Ric.* Al primer ministro. Él solo puede hacer que no se malogre. Ya suben: dame otro abrazo, hermano mío.

*Car.* ¡Qué presagio!

*Ric.* ¡A Dios! ¡á Dios!

### ESCENA III.

EL DUQUE DE SUTHERLAND. SIR MULGRAVE. CARLOS, *oculto*.  
VARIOS OFICIALES.

*Mul.* Si milord se siente fatigado, puede descansar aquí.

*Duque.* Decís bien, señor teniente; no quiero andar más.

(*Despide á los oficiales.*)

*Mul.* ¿Venís del palacio de San James?

*Duque.* Sí; pero no he podido ver al rey. Huye de mí; ¿sabéis que tenemos sin saberlo un poderoso apoyo...?

*Mul.* ¿Quién, milord?

*Duque.* Luis XIV. Ha escrito á su hermano de Inglaterra que la muerte del duque de Monmouth produciría muy mal efecto en Europa. Ofrece tenerle preso en una cárcel de Francia, y propone con este motivo varias medidas que son otras seguridades á favor del rey contra su sobrino.

*Mul.* ¿Qué medidas son esas?

*Duque.* Lo ignoro.

*Mul.* ¿Y cuál ha sido la respuesta del rey?

*Duque.* Ha mandado adelantar cuatro horas la del suplicio.

*Mul.* Reconozco en eso á su digno director.

*Duque.* Así que he recibido esa orden funesta, he venido corriendo. La hora se aproxima; ¿están tomadas todas vuestras medidas?

*Mul.* Sí, milord; y á pesar del rey, á pesar de Mac-Donnell y de todos los espías papistas, saldremos con la nuestra; ¡el duque de Monmouth no morirá!

*Car.* (*Aparte.*) ¿Qué dice?

*Duque.* ¿Pero no le habeis prevenido de la sustitucion que con él debe hacerse?



*Mul.* Me he guardado bien de ello. No hubiera consentido nunca. Segun habiamos convenido le he puesto un narcótico en un cordial que le presenté esta noche.

*Duque.* ¿Y le tomó sin sospechar nada...?

*Mul.* Solo tomó una corta porcion, y yo al principio entré en recelo; mas el efecto del narcótico no por eso ha sido menos pronto y enérgico; y Mac-Donnell no irá de seguro á buscar al príncipe en el sitio en que le hemos depositado.

*Duque.* ¿Qué dirá luego que vuelva en su acuerdo, luego que sepa, sobre todo, el nombre del que va á perecer en su lugar, de ese pobre Ricardo Sidney?

*Car.* ¡Ó Dios mio! ¡á tí debo esta revelacion!

*Duque.* ¡Noble y desventurado jóven! ¿ha desmayado su valor?

*Mul.* Si milord, quiere juzgarlo por sí mismo...

*Duque.* No, no... no tendria ánimos para hablarle.

*Mul.* Segun todas las apariencias, Jorge Butler no se negará ya á abrirnos el subterráneo que desde la torre comunica con los sótanos de su casa, pero ese paso...

*Duque.* Nos sería ya inútil.

*Car.* ¡Inútil! (*Aparte.*)

*Duque.* A consecuencia del aviso del rey para que se adelante la hora del suplicio, se han espedido nuevas órdenes, y en este momento un cordon de tropas tiene cercada la carcel é intercepta todas las salidas. El cadalso levantado ya, reclama una víctima; es preciso otorgársela... ¡y el duque de Monmouth no puede salvarse sino mediante el sacrificio de Ricardo...!

*Mul.* Nada hay que temer entonces; Ricardo no cejará.

*Un carcelero, que sale.* Una dama á quien el secretario Mac-Donnell ha dado permiso para entrar en la torre, está á la puerta é insiste en que se la deje pasar.

*Duque.* Ved quién es. Mucho pulso hasta el fin con Mac-Donnell y cualquiera que él os envíe. Yo, por mí, os dejo: no me hallo en estado de ver á nadie. (*Vase.*)

*Car.* (*Siguiéndole.*) Sin embargo, me oirás á mí.

CLARA. SIR MULGRAVE.

*Clara.* Caballero, hé aqui una orden que me autoriza para ver á los presos.

*Mul.* ¿A cuál de ellos quereis hablar, señora?

*Clara.* ¡Bella pregunta! Al duque de Monmouth, al que va á perecer.

*Mul.* ¿Quién ha firmado esta orden?

*Clara.* El... el hombre... el hombre que vió el duelo. ¿Nos sabeis cómo se llama?

*Mul.* He recibido instrucciones del duque de Sutherland que me prohiben que entre nadie á ver al duque de Monmouth.

*Clara.* Sin embargo, yo tengo una orden para verle. Miradla bien.

*Mul.* Las órdenes del secretario Mac-Donnell no me dispensan de obedecer al primer ministro.

*Clara.* Sí, señor, sí; eso es lo justo, y al ministro ó á vos es sin duda á quien yo debiera haberme dirigido; pero he encontrado á ese Mac-Donnell á la entrada del palacio de San James, y me ha asegurado que tenia el suficiente poder para concederme este importante permiso... No he tenido tiempo de informarme si llenaba todas las formalidades. ¡Oh! no me priveis por una faltá tan leve de la entrevista que solicito... ¡Es preciso que yo hable con el duque de Monmouth aunque no sea mas que para obtener de él una palabra...! ¡Si vos quereis, le hablaré en vuestra presencia! En nombre de vuestra madre, no me lo negueis.

*Mul.* Es demasiado tarde ya, señora.

*Clara.* ¡Demasiado tarde! Cuando la sentencia, aun en el caso que se efectúe, no está anunciada hasta las siete... ¡Demasiado tarde...! ¡Y acaso he podido yo venir mas pronto? Quería ver al rey á toda costa... he sitiado las puertas de palacio... ¡Ah! si yo pudiese deciros todo lo que he sufrido, tendriais de seguro compasion de mí. Rechazada en todas partes y por todos, no he podido obtener el perdon del reo; ¡entonces he pensado en venir yo á pedirle el mio...! porque vos no lo sabeis, en mi casa fue donde él buscó un asilo; ¡yo he sido la que en un

rapto de locura, le he entregado á sus verdugos...! Ya veis que es preciso que le hable; vos no querreis que muera sin haberme perdonado.

*Mul.* ¿Qué oigo? ¿Sois vos Clara Sidney?

*Clara.* ¿Me conocéis? ¡Ah! ¡entonces me he salvado! ¿Vais á llevarme á ver al duque, no es verdad...? Esa mirada compasiva... Entiendo...; creéis que aun no tengo el uso de mi razon! Desechad ese temor... emociones terribles me la habian arrebatado; emociones mas tremendas aun me la han restituido... Acercaos, miradme bien, señor; ¡ya veis que no estoy loca...!

*Mul.* Señora, siento vivamente vuestra desgracia; pero me es imposible...

*Clara.* ¡Imposible...!

### ESCENA V.

DICHOS. MAC-DONNELL. ACOMPAÑAMIENTO.

*Mac.* Señor teniente de la torre, son las tres. El sherif acaba de llegar; ¿está pronto el reo?

*Mul.* (*Marchándose.*) Sí, señor; todo está pronto.

*Clara.* ¡Ah! ¿sois vos? Venid, venid; dicen que la orden que vos me habeis dado no es válida, y sin embargo os la he pagado con las cien guineas que me dejó mi hijo... Ya que estais aqui, cumplidme el trato que hemos hecho; dejadme hablar con el duque de Monmouth.

*Mac.* Señora, cuando firmé esa orden, ignoraba que se hubiese adelantado la hora del suplicio del duque; echad la culpa á sus partidarios, que quieren salvarle. Creedme, retiraos.

*Clara.* ¿Despues de lo que me habeis dicho? No. Seré vuestra sombra desde este momento, y si es verdad que se ha adelantado la hora del suplicio...

*Mac.* ¿Quereis cercioraros de ello? Mirad. (*Señala al cortejo fúnebre que pasa por el foro detras de la verja: abre la marcha un piquete de soldados; detras va un heraldo con la bandera de Inglaterra enlutada; siguen despues el teniente de la torre, el sherif y sus asesores; en seguida el verdugo; detras de él y á alguna distancia el reo, cubierto con una capa negra, y un sombrero con plumas; un ministro protestante le sostiene. Cierra la marcha otro piquete de soldados.*)

*Clara.* ¡ Enrique...! ¡ Enrique!

*Mul.* (*Al pasar.*) El duque de Monmouth, próximo á morir, pide perdon á Dios, al rey, y al pueblo. Rogad por él.

*Clara.* (*Dejándose caer de rodillas.*) Sí, sí, roguemos por él. (*Acaba de pasar el acompañamiento. Mac-Donnell al retirarse da orden de cerrar las puertas.*)

## ESCENA VI.

CLARA. EL DUQUE DE MONMOUTH.

*Mon.* (*Saliendo de la pieza mortuoria en el momento en que acaba de pasar la comitiva.*) ¿ Qué es lo que por mí pasa? ¿ A qué debo ese sueño de plomo, que con tanto trabajo he despertado? ¿ Qué siniestra habitacion es esa donde he vuelto en mí?

*Clara.* (*Orando.*) Dios mio, que ese fin sangriento sea á vuestros ojos, como á los míos, la suficiente espiacion de sus culpas.

*Mon.* ¿ Quién es esa muger? ¿ Si pudiera ella explicarme...? ¿ Clara...!

*Clara.* ¡ El duque de Monmouth!

*Mon.* Clara, ¿ cómo os hallais vos aqui...? La hora de la venganza ha pasado ya; venid á perdonarme...

*Clara.* Esta voz...; Pero no, no es él!; Dios mio! ¿ me habré vuelto loca otra vez?

*Mon.* ¿ Os mostrais sorprendida al verme? ¿ Luego no era á mí á quien veniais á buscar? ¿ Me aborreceis aun? ¿ Yo creía que todos los sentimientos se olvidaban en esta hora suprema, y que ese corazon que ha abrigado hácia mí tanto amor y tanto odio, no encerraría ya sino lástima!

*Clara.* ¡ Vos no morireis!; no morireis! El que conducen al cadalso es otro.

*Mon.* ¿ Otro?

*Clara.* Sí... con vuestro nombre, con vuestro propio trage.

*Mon.* En efecto, estos no son mis vestidos ordinarios...; Oh! ahora recuerdo... sí, lo recuerdo todo. Cuando sir Mulgrave vino á ofrecermé aquella copa, su mano temblaba de un modo que me llamó la atencion; era un breverage narcótico, no hay duda...; ¿ Y qué es lo que ha pasado durante mi sueño...?



*Clara.* Han buscado un hombre que ha consentido morir en vuestro lugar. Yo acabo de verle pasar ahora mismo.

*Mon.* ¿Caminando al suplicio?

*Clara.* Caminando al suplicio.

*Mon.* Sea quien fuere el amigo capaz de tan sublime sacrificio, ¡yo cometería una vileza si le dejase perecer!  
¡Hola, guardias...!

*Clara.* Esa verja está cerrada...

*Mon.* Yo tengo una llave que las abre todas, y que el teniente de la torre me ha dado... (*Buscándola.*) ¡Perdida...! ¿Qué carta es esta?

*Clara.* ¿Una carta?

*Mon.* Dirigida á mí... (*Lee.*) "Duque de Monmouth, muero por vos: os recomiendo á mi madre."

*Clara.* ¡La firma! ¡la firma!

*Mon.* ¡Ah! ¡no me la preguntéis!

*Clara.* (*Arrancándole la carta.*) ¡Ricardo Sidney...!

*Mon.* ¡Madre desventurada!

*Clara.* ¡Madrastra debéis decir! ¡Le he visto pasar y no le he reconocido...! ¡Oh! pero ese asesinato no se consumará... ¡Y habia de morir por vos él, el hijo del hombre á quien vos ultrajásteis infamemente y matásteis con alevosía! ¡Oh! ¡aun cuando no tuviéseis sangre de caballero en las venas, la vida, á ese precio, sería el peor de los suplicios! Vamos; ¡qué hacéis ahí inmóvil y como herido de un rayo! Moveos, moveos; buscad un medio de desengañar al verdugo; vuestro estupor tiene trazas de cobardía. ¡Su padre! ¡Oh cielos! ¡Pensad en su padre! Sería lo bastante para evocarle de la tumba y vendría á maldecirnos segunda vez. ¡Ah! Si la razon me abandona cuando solo se me presenta á recordarme su muerte, ¡qué será cuando venga á echarme en cara la de su hijo, cuando le oiga decirme con voz aterradora: esposa indigna, madre desnaturalizada, dónde está Ricardo? ¡Qué has hecho de Ricardo?

## ESCENA VII.

DICHOS. RICARDO.

*Ric.* (*Saliendo de su calabozo.*) ¿Quién me llama?

*Clara.* (*Dando un grito y corriendo á abrazarle.*) ¡Ah!  
¡no era él!

*Ric.* ¡Mi madre...! ¡el duque de Montmouth!

*Clara.* ¿Tú no sabes...? he creído... ¡Oh! ¿quién me había contado esa mentira? ¿Quién ha venido á decirme: es él, tu Ricardo, el que acabas de ver caminando hácia el suplicio... No, no es él el que va á morir en lugar del duque de Montmouth... Le tengo aqui, vivo, bajo mis besos, bajo mis lágrimas, ¡y qué pruebe cualquiera á quitarme ahora!

*Ric.* ¿Vos habeis visto alguno dirigirse al cadalso en lugar del duque del Montmouth? ¡No es posible! La comitiva no puede haber venido aun. El suplicio no es hasta las siete.

*Clara.* Han adelantado la hora. (*Óyese dentro ruido de tambores enlutados.*) Dios mio, te doy las gracias; ya nada tengo que temer: ese ruido anuncia que el cortejo acaba de llegar al pie del cadalso.

*Ric. (Estallando.)* ¡Ah! ¡no os deis mucha prisa á dar gracias á Dios! porque cuando el duque y yo estamos aqui, el que va á morir en este momento, no puede ser mas que mi hermano.

*Mon.* ¡Su hermano!

*Clara. (Al duque.)* Mi hijo y el vuestro. ¿Lo oís, milord? ¿Reconoceis la mano del Dios de las venganzas, que os hiere al castigarme?

*Mon.* ¡Oh! ¿qué prueba teneis de lo que decís?

*Ric.* Ninguna, pero estoy cierto de ello. Carlos estaba en esta carcel. Habrá sabido el pacto que yo habia hecho con el primer ministro, y se habrá ofrecido á cumplirle.

*Mon.* ¿Qué es lo que escucho! ¡mi hijo muerto en lugar mio! ¿Y recibo esa prueba de un cariño sin ejemplo del hijo que he abandonado? ¡Oh! ¿cómo desengañar á sus verdugos? ¿Por dónde huir...?

## ESCENA VIII.

DICHOS. CALEB, *abriendo la puerta secreta.*

*Caleb.* Por aqui, milord. Este pasadizo conduce al muelle. Estais libre.

*Mon.* ¡Libre! ¡Oh! quien quiera que tú seas, ¡gracias!  
 (*Lánzase en el subterráneo, cuya puerta vuelve á cerrar Caleb detras de los dos.*)

*Ric.* Vamos, venid; madre mía, corramos tras el duque...

¡Oh...! ya es imposible seguirle. ¡Desdichados de nosotros!

*Clara.* (Con el delirio.) Sí... sí... partamos. Es preciso llegar á tiempo. "Viajero que perdido..." mi manto... mi manto... Vamos á la audiencia del rey. "Viajero, viajero..." Dejarme, voy á hablarle... "Huid, huid..."

*Ric.* (Sumido en su dolor.) ¡Carlos, hermano mio!

*Clara.* Ricardo, Ricardo, alégrate; el rey te hace justicia...

Te otorga una venganza real... ¿Oyes ese toque de agonia? es por el asesino de tu padre... ¿Ves ese tablado tendido de negro con las armas de Inglaterra...? ahí es donde va á cumplirse la espiacion... Mira... ya ha llegado delante del tajo... hinca la rodilla... se descubre... ¡Ah! Verdugos, deteneos... no es el duque de Monmouth... es mi hijo. (Cae desmayada en un asiento.)

*Ric.* ¡Dios mio! Si le arrebatáis hoy el hijo que ayer halló, concededme una gracia; no la restituyáis nunca la razon. (Ruido, confuso griterio á lo lejos, entre el cual se perciben las voces de: ¡perdon! ¡perdon! deteneos.)

*Ana.* (Presentándose la primera.) ¡Aquí está! ¡aquí está!

## ESCENA IX.

DICHOS. ANA. CARLOS. MULGRAVE. EL SHERIF. SOLDADOS &C.

*Ric.* ¡Carlos!

*Car.* ¡Ricardo! (Se abrazan.) Dios no quiere que perezcamos uno por otro; cumplamos nuestro destino.

*Ric.* ¿Por qué milagro te has salvado?

*Car.* ¡Ah! bien haces en llamarle milagro. Arrodillado ya sobre el cadalso, y cuando empezaba á rezar la oracion suprema oí unos gritos confusos, entre los cuales distinguí una voz... era la del noble príncipe que reclamaba su derecho á morir. Promoviósese con este motivo un gran tumulto, y yo, desvanecido, fuera de mí, me sentí levantar de aquel sitio, y cuando recobré mis sentidos me hallé en los brazos del duque, á quien la conmocion le impedía hablar, pero que me miraba con una espresion que no olvidaré jamas. Despues nos separaron, é ignoro lo que ha sido de él. Me han traído á este sitio...

¡Oh! pero ahora que ya te he visto, ¿y mi madre?  
¿dónde está mi madre?

*Ric.* ¡Héla ahí! Haga el cielo que tu regreso le devuelva la razon y la vida. (*Ana y Carlos se arrojan á los pies de Clara: el duque de Sutherland habrá entrado pocos momentos antes: Ricardo repara en él.*)

¡Vos, milord...! ¿Y el duque?

*Duque.* (*Aparte.*) ¡Salvado para nosotros, muerto para el mundo! Va á partir para Francia, pero desde hoy por orden del rey se le pondrá en el rostro una máscara de hierro que envolverá su cautividad en un secreto eterno. Ricardo, estais relevado de vuestro juramento; sed dichoso. (*Se estrechan la mano. Ricardo viene á agregarse al grupo de Ana y Carlos, que estan arrodillados delante de Clara.*)

*Car.* Dios se conduele de nosotros; sus ojos vuelven á abrirse.

*Clara.* (*Mirando á Ana y Ricardo.*) No es á vosotros á quienes yo busco... No es por vosotros por quien lloro... Decidme el nombre del que nos falta... (*Repara en Carlos.*) ¡Ah!

*Car.* ¡Madre mía!

*Clara.* ¡Ah! Dios me ha perdonado. (*Carlos se precipita en sus brazos.*)

FIN DEL DRAMA.



de estado.  
de un coronel.  
Veronés.  
la tempestad.  
improvisada.  
el tapicero.  
alterones.  
mas feo de Francia.  
edana.  
de una madre.  
rias del diablo.  
con dos puertas.  
ofetones.  
vedado.  
o.  
interés.  
me vuelvo.  
padre.  
Bilbao.  
Paulina.  
de palo.  
viuda y casada.  
ante.  
de Médicis.  
ero de industria.  
el leñador.  
de Belle-Isle.  
o y la huérfana.  
del hambre.  
ipto.  
acion de los inocentes.  
celosos.  
ros del rey de Prusia.  
a de Castro.  
ore de bien.  
jada.  
to de familia.  
tura de Carlos II.  
era.  
der flamenco.  
ario privado.  
na de Alby.  
ena.  
nobleza.  
Perez y Felipe II.  
nga sus gravios.  
cobrar el cetro.  
ños despues.  
novicio.  
s.  
to.  
a ciegucecita.  
arios.  
y el encojido.  
uecas.  
a.  
al del Godo.  
or razon la espada.  
no de Guadalajara.  
llo del rey D. Sancho.  
ja de Lanjarou.

Ango.  
Angelo, tirano de Pádua.  
Amor y deber.  
A un cobarde otro mayor.  
Adel el Zegri.  
Baltasar Cozza.  
Catalina Hovar.  
Chiton!!!  
Doña Maria de Molina.  
Doña Urraca.  
Doña Jimena de Ordoñez.  
Doña Blanca de Navarra.  
Diana de Chivri.  
D. Rodrigo Calderon.  
Dos granaderos.  
Dos padres para una hija.  
Elyira de Albornoz.  
El desconfiado.  
El hijo predilecto.  
Emilia.  
El astrólogo de Valladolid.  
El pária.  
El campanero de san Pablo.  
El casamiento nulo.  
El afán de figurar.  
El peluquero de antaño.  
El pobre pretendiente  
El hijo en cuestion.  
Está loca!  
El dómine consejero.  
El compositor y la estrangera.  
El duque de Braganza.  
El pilluelo de Paris.  
El soprano.  
El gondolero.  
El castillo de san Alberto.  
El ramillete y la carta.  
El comodiin.  
El mulato.  
El marido y el amante.  
Fray Luis de Leon.  
Funcion de boda sin boda.  
Garcilaso de la Vega.  
Guillermo Colman.  
Hernani.  
Hija, esposa y madre.  
Intrigar para morir.  
Incertidumbre y amor.  
Intriga y amor.  
Isabel de Babiera.  
La vieja del candilejo.  
La político-mania.  
Mata-muertos y el cruel.  
A muerte ó á vida.  
La familia de Falkland.  
Caín Pirata.  
La Judia de Toledo.  
Detras de la cruz el diablo.  
Retascon.  
Simon Bocanegra.  
Casada, virgen y mártir.  
La rueda de la fortuna.  
Honra y provecho.  
Los partidos.  
El pozo de los enamorados.  
El hijo de la viuda.  
Conspirar por no reinar.  
Vicente Paul.

La estrella de oro.  
Los cortesanos de D. Juan H.  
La ocasion por los cabellos.  
Los zelos infundados.  
Los amorios de 1790.  
La conjuracion de Fiesco.  
La cuarentena.  
La pata de cabra.  
La gata muger.  
Lucrecia Borgia.  
Luis onceno.  
Los guantes amarillos.  
La frontera de Soboya.  
Las máscaras negras.  
La espada de mi padre.  
La cruz de oro.  
La hermana del sargento.  
Los padres de la novia.  
Luisa.  
La escalera de mano.  
La solterona.  
La cuñada.  
La hija del avaro.  
La hosteria de Segura.  
Me voy á casar.  
María Remond.  
Machel.  
No hay mal que por bien no  
venga.  
Ni el tio ni el sobrino.  
No siempre el amor es ciego.  
Padre é hijo.  
Plan-plan.  
Pablo el marino.  
Roberto D' Artevelde.  
Ricardo Darligton.  
Sin nombre!  
Stradella.  
Teodoro.  
Toma y daca.  
Virtud en la deshonra.  
Valeria.  
Un poeta y una muger  
Una muger generosa.  
Un dia de 1823.  
Una y no mas.  
Un artista.  
Un tio en Indias.  
Un liberal.  
La familia improvisada.  
El hombre misterioso.  
Cada cosa en su tiempo.  
Los independientes.  
Sancho Garcia.  
Mi honra por su vida.  
El galan duende.  
La escuela de los periodistas.  
Por él y por mí.  
Honoria.  
El capitan de fragata.  
Ella es.  
Ir por lana y volver trasquilado.  
La reina por fuerza.  
Toó jue groma.  
Viriato.  
Casualidades.  
Vengar con amor sus celos.  
El padriuo á mogicones.

## ESTA GALERIA

Consta de mas de 400 producciones, de las que se han formado:

**12** tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

**50** idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

**28** idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de **CUESTA**, calle Mayor, y de **RIOS** en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

<i>Almeria</i> .....	Gonzalez.	<i>Murcia</i> .....	Gisbert.
<i>Alcoy</i> .....	Marti Roig.	<i>Oviedo</i> .....	Longoria.
<i>Alicante</i> .....	Champourcin.	<i>Orense</i> .....	Novoa.
<i>Burgos</i> .....	Arnaiz.	<i>Pamplona</i> .....	Erasun.
<i>Badajoz</i> .....	Viuda de Carrillo.	<i>Palencia</i> .....	Santos.
<i>Barcelona</i> .....	Piferrer.	<i>Palma</i> .....	Gelabert.
<i>Bilbao</i> .....	Garcia.	<i>Santander</i> .....	Riesgo.
<i>Cádiz</i> .....	Moraleda.	<i>Salamanca</i> .....	Oliva.
<i>Córdoba</i> .....	Berard.	<i>Sevilla</i> .....	Caro Cartaya.
<i>Coruña</i> .....	Perez.	<i>Santiago</i> .....	Rey Romero.
<i>Granada</i> .....	Sanz.	<i>San Sebastian</i> ..	Baroja.
<i>Jaen</i> .....	Orozco.	<i>Vitoria</i> .....	Ormilugue.
<i>Jerez</i> .....	Bueno.	<i>Valencia</i> .....	Navarro.
<i>Leon</i> .....	Miñon.	<i>Valladolid</i> .....	Hijos de Rodriguez.
<i>Lugo</i> .....	Pujol.	<i>Zaragoza</i> .....	Yagüe.
<i>Málaga</i> .....	Aguilar.		

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

**Figaro:** Cuatro tomos en 8.<sup>o</sup> marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

**Alvarez:** Derecho real, dos tomos, 40.

**Rossi:** Derecho penal, dos tomos, 36.

**Astronomía de Aragón:** un tomo 14.

*Estas obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.*

**Poesias de D. José Zorrilla:** diez tomos que se espenden sueltos, 160.

— de **José de Espronceda:** un tomo, 24.

— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo 10.

**Recuerdos y fantasias** por don José Zorrilla: un tomo, 10.

**La Azucena silvestre** por el mismo: un tomo, 12.

**Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch:** un tomo, 20.

**Introduccion** á la historia moderna, por D. Antonio Gil de Zárate: un tomo, 12.

**Coleccion** de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

**Cuentos** fantásticos de Hoffman, dos tomos, 12.

**El dogma** de los hombres libres: un tomo, 8.

**El libro** del pueblo: un tomo, 6.

**Respuesta** al dogma de los hombres libres: un tomo 6.

**Composiciones** del Estudiante en verso y prosa: un tomo, 12.

**El pobrecito hablador**, por Larra: un tomo, 12.

**Tauromaquia** de Montes: un tomo, 14.

**Memorias** del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

**Arte** de declamacion por Latorre: un folleto, 4.